

S.N. AVENDAÑO

PRISIONERA DEL HIELO



Sofía Avendaño
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798508288822

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Prisionera del Hielo

S. N. Avendaño

*Para Mérida, la musa de esta historia.
Los Márquez, el puente hacia las montañas
y para Zoila Rosa, la persona que me enseñó todo sobre la magia.*

Las memorias de una tribu

Dice una antigua leyenda que un día los nueve dioses: Ad—Dima, Ad—Dua, Olbum, Bayaák, Duka, Piool, Baáku, Eghua y Dirya se dieron cuenta de que en el mundo hacían falta enormes guerreros que protegieran sus dominios. Por esta razón, en un lugar cálido alzaron cinco grandes montañas cubiertas de hielo, el cual jamás se derretiría. Los nativos que vivían cerca de aquel lugar no cabían en su sorpresa al toparse con la imponente presencia de estos cinco gigantes e inmediatamente comenzaron a alabarlos.

Muchos se maravillaron al verlas, pero otros desconfiaron de ellas y las consideraron un presagio oscuro para el destino de la aldea.

En un intento de satisfacer la curiosidad y el miedo, un grupo de hombres se lanzó a la aventura y comenzó a subir cada una de las montañas. Las tres primeras fueron sencillas, pero con la cuarta fue muy diferente...

—¿Qué pasó, Jonás? —preguntó una pequeño niña.

—No interrumpas Huilén, estoy a mitad de la historia —la regañó el hombre.

—Me has contado esta historia desde hace un año y siempre te callas cuando llegas a esta parte —protestó.

—Eso será porque tú siempre me interrumpes.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—No lo es.

—Sí lo es, y ahora calla —la miró con severidad

—No es correcto interrumpir a un chamán cuando cuenta las leyendas sagradas de la tribu.

— ¿Por qué son sagradas?

—Porque son los relatos de los dioses y la madre tierra... y en este caso de *Carcere glacies*.

—Pero estás hablando de *Aquilae nidum*, no de *Carcere glacies*.

—Pequeña, el misterio de *Carcere glacies* lo supimos por *Aquilae nidum*.

— ¿De verdad? —lo miró con sorpresa— ¿Por qué no lo dijiste desde el principio?

—Oh calla ya —colocó su dedo en la boca para indicarle a la niña que guardara silencio— ahora voy a continuar. ¿En dónde estaba?... Ah sí...

»Subir a la cuarta montaña no parecía mayor problema ya que estaban protegidos con las pieles. El problema vino a la mitad de la montaña, cuando comenzó a nevar. Al principio no les molestó, pero a medida que avanzaban la nieve se hacía más espesa y les impedía continuar.

»Los hombres trataron, por supuesto, pero un remolino se formó delante de ellos y con una fuerza indescriptible los empujó contra suelo. Más de

uno estaba convencido de que le había llegado la hora, no obstante, algo pasó.

— ¿Qué cosa? —La niña se acercó al hombre y se montó en su regazo.

—Un sonido, propio de un águila, llegó a sus oídos. Era demasiado fuerte y dicen que atormentaba. Los hombres levantaron sus miradas y vieron como un águila blanca se acercarse a ellos.

»Muchos dicen que el águila les advirtió no seguir, otros dicen que no dijo palabra alguna, que solo los miró. Lo cierto es que ninguno de esos hombres pudo recordar con claridad que fue lo que ocurrió cuando vieron a la distinguida criatura, solo recuerdan haber despertado minutos después sin ningún tipo de tormenta por lo que decidieron bajar cuanto antes.

»Días después un grupo intento subir de nuevo, pero dicen que al llegar a los pies de la montaña un frío terrible se alojó en sus pechos y les impidió poner un pie sobre ella.

»Más nadie volvió a subir, pues estaban seguros de que esa advertencia no se repetiría y temían que al volver a intentarlo el espíritu de las montañas se enojara y los castigara por penetrar en sus dominios. Desde entonces, la expedición a las montañas quedó prohibida ya que ningún ser deberá jamás poner un pie sobre *Carcere glacies*.

— ¿Y nadie nunca lo ha intentado de verdad? —lo

miró con curiosidad.

—Nadie que esté vivo.

—¿Qué puede pasar si uno sube?

—Eso es ir en contra de los espíritus y las consecuencias podrían ser terribles.

—¿Y no tienes curiosidad?

—Por supuesto que sí, como todos en esta aldea. Pero ninguna persona ajena al llamado de los espíritus puede realizar tal travesía y salir victoriosa. Debe de estar escrito en su destino.

La niña no contestó, solo desvió su mirada hacia la ventana desde donde podía ver a los lejos la silueta de las cinco montañas.

1

El calor de las brasas se sentía agradable sobre mi rostro. Últimamente el frío de las montañas comenzaba a descender. Era evidente que se acercaba el invierno y con él, el equinoccio.

Duré casi cinco años esperando por aquel día y no precisamente por motivos alegres. Todo lo contrario. Aquel día se supone que cumpliría la edad necesaria para ser la esposa de alguien. Ese alguien sería Jonás y, si bien es un buen hombre, no podía imaginar entregar mi vida a otra persona. Primero fue mi padre, después fue Alék y el último sería Jonás. Evidentemente yo no figuraba en ningún momento.

Me puse de pie con toda la energía que mi cuerpo me permitió y fui directo a la vasija con agua fresca. Tenía que limpiar las marcas de las lágrimas que había soltado la noche anterior. No era apropiado que la hija del jefe mostrara sentimientos ajenos a la alegría.

Después de prepararme para el día salí de la tienda y fui directamente a mis labores con las tejedoras. Últimamente se había convertido en una de mis labores favoritas. Los colores eran tan vivos e intensos que casi podía esperar que se movieran. Era mágica la manera en que hilos largos y

desordenados tomaban la forma de aquello que únicamente existía dentro de mi cabeza.

Mi padre me había permitido unirme al grupo de las tejedoras en un intento de mantenerme alejada del viejo Jonás y de los demás chamanes. Decía que aquel no podía ser mi destino pues me alejaría de la bendición de formar una familia, lo que seguramente se podía entender como lo que evitaría que él me usara como pago de lealtad para sus hombres. No es que mi padre fuese un hombre malo. Solo era uno muy inteligente, tanto que sabía muy bien que es lo que tenía que hacer para asegurar el orden dentro de su tribu.

No voy a negar que al principio lo tomé como un castigo, pero con el tiempo me encariñé con el telar y, al final, pasaba horas enteras probando nuevos colores. Usaba flores, piedras, semillas, barro y cualquier otro elemento para crear uno nuevo. Lo veía en la naturaleza y trataba de replicarlo. No era magia, pero estaba muy cerca de serlo, así que para mí estaba más que bien. Además, las ancianas estaban encantadas con mi trabajo y esas mujeres eran seguramente las personas más tiernas que jamás han pisado la tierra.

Apenas llegué allí comencé a trabajar. Era temprano así que no había muchas personas cerca. Ni tejedoras ni de otra clase. Éramos solo el alba, el telar y yo. La perfecta combinación.

— ¿No te parece que es muy temprano para que estés aquí sola, pequeña?

—No es ni muy temprano y tampoco estoy sola —me volteeé para ver al viejo Jonás. El hombre blanco de nuestra tribu.

—Ciertamente no estás sola —se sentó a mi lado— pero si es muy temprano.

—Ya salió el sol ¿no es cierto? Que no esté en lo alto del cielo no quiere decir que siga oculto.

—Muy cierto —sonrió orgulloso— ¿Y qué me dices de la luna?

—Puede que no la veamos todo el tiempo, pero sigue allí. Observándonos en silencio junto a todos los demás espíritus...lo que me recuerda —ahora era mi turno de sonreír orgullosa— que ni tu ni yo estamos solos en este momento.

—Bien —aseguró— veo que me estuviste prestando atención.

—Siempre lo hago Jonás. Solo finjo no hacerlo.

—Lo cual es una tontería —resopló— serías una excelente chamán. Yo mismo puedo tomarte como mi aprendiz. Solo tienes que hablar con franqueza con tu padre.

—Si le dijese la verdad —continué tejiendo— posiblemente me mataría. Además, no puedo hacerlo. Tengo otras responsabilidades.

—Solo tienes la responsabilidad que los espíritus te encargaron.

—La cual quedó más que clara al hacerme la hija del jefe.

2

Era costumbre de la tribu encontrarse todos a la hora de la cena frente a una gran fogata y rendir culto a los espíritus. Aquella noche, cuando culminó la ceremonia, Jonás, mi prometido, se me acercó.

Jonás era un hombre guapo. Espalda ancha y cuerpo fuerte, además de la sonrisa más gentil que podía existir en el mundo. Era hijo de uno de los más grandes guerreros de la tribu, Konan, y de Catlali, la única mujer que había sido reconocida como parte del grupo de cazadores.

Los niños de la tribu Papau nacían en las chozas de sus padres y eran criados por los mismos hasta que llegaba el momento de tener a sus propios hijos. Era así para todo el mundo, menos para Jonás, quien no solo había sido nombrado en honor a un hombre blanco, también había sido rescatado por el mismo a los pies de las montañas del pecho sin vida de su madre y traído a la tribu junto a su abuela y padre, quienes lo reconocieron ante la única mención del nombre de Catlali.

Creer sin madre tampoco era común en la aldea. Muchos crecían sin padre y sin abuelos, pero nunca sin madre. Él, evidentemente, fue todo lo contrario.

Claro está que, dadas las circunstancias que lo rodeaban, se esforzó, con toda la energía y fuerza de su alma, en convertirse en el mejor de los hombres de la tribu. No permitiría que las condiciones de su nacimiento empañaran al resto de su vida. Y evidentemente lo logró, pues no todos los hombres de la tribu Papau podían presumir de ser conocidos como “el mejor guerrero”.

Al ser el mejor de los guerreros era lógico esperar que se casara con la mejor de las mujeres: la hija del jefe...es decir, yo.

—Supongo que quieres platicarme algo acerca de tu última cacería— dije apenas se acercó.

—Vengo a entregarte algo de mi última cacería —el hombre me entregó una manta.

—Es de oso —la acaricié.

—Es un regalo de bodas.

—Gracias.

—¿Qué haces con eso? —Alék apareció de pronto y me arrancó la manta de las manos.

—Alék —grité.

—Sabes muy bien —me tomó por un hombro— que no puedes recibir nada de un hombre hasta que este sea tu marido.

—Y lo seré pronto —Jonás intervino.

—Todavía no lo eres —lo miró con desprecio.

—Ya suéltame —me separé de él bruscamente— te recuerdo que no eres mi padre. Y yo puede hablar

perfectamente con quien me plazca.

—Insolente —levantó la mano dispuesto a abofetearme, pero una mano más fuerte lo detuvo.

—Espero que sea la última vez que intentas algo contra Huilén —Jonás se la dobló con fuerza— porque de lo contrario, me aseguraré de que más nunca puedas usar tus manos.

—Tú no puedes hablarme así —se separó de él— ninguno de los dos puede.

Mi hermano me miró pero se contuvo de decir otra cosa cuando sintió las miradas de todos los demás puestas sobre él. Se volteó y comprobó que muchas personas lo observaban con atención.

—Te recomiendo que te largues —soltó Jonás— no le conviene al próximo jefe mostrar signos de debilidad —ahora se burlaba de él.

—No tienes ni idea de con quién te estás metiendo.

Alék se fue hecho una furia y Jonás y yo no hicimos más que mirarnos el uno al otro.

3

Jonás siempre fue un hombre encantador. Desde que tengo memoria ha sido mi mejor amigo. Siempre estuvimos juntos de pequeños, así que no fue ninguna sorpresa que mi padre pensara que nuestra unión era una gran idea. Jamás podré olvidar ese día. Recuerdo que estaba en el bosque con Jonás haciendo una carrera para ver quién era más rápido. Alék se había quedado con papá para sus lecciones diarias, lo cual representaba una alegría para nosotros pues él jamás me dejaba hacer nada diferente a mirarlos practicar sus luchas. Era aburridísimo. Pero ese día, era solo para nosotros y lo disfrutamos al máximo. Como siempre le gané y, como venganza, me empujó al río en el cual pasamos el resto de la tarde.

Para cuando regresamos a casa, nuestros padres nos esperaban de pie en la entrada de mi choza. Para variar, Alék y mi madre me vieron con desaprobación, pero mi padre solo se rió. Él siempre vio con gracia mis aventuras en el bosque, aunque por supuesto que perdió esa percepción cuando me hice adulta.

No tuvimos que esperar a que nos dijeran nada, ambos sabíamos hacia donde se dirigiría la conversación una vez que alabaron las hazañas de Jo-

nás en la última guerra y la belleza que cada día crecía más en mí.

Todo pareció congelarse cuando escuché a mi padre soltar aquellas palabras. Para todos parecían una bendición, pero yo las sentí como la traición más grande que mi familia pudo haberme hecho. Después de eso las cosas cambiaron considerablemente. Jonás comenzó a ser más gentil conmigo, cosa que me sacaba de quicio. Antes me trataba como a su igual, y ahora era otra mujer que había que proteger. Alék también cambió. Desde aquel día empezó a tratarme con mayor dureza y, en ocasiones, me agredía cuando, según él, colmaba su paciencia. Papá parecía no darse cuenta de aquello, pero mi madre sí lo hizo, y para mi sorpresa me prohibió acercarme de nuevo a mi hermano. Cosa que obedecí con gusto hasta el día de su muerte.

Tras aquel funesto día, Alék más nunca me perdió de vista y, al igual que mi padre, pensó que la única cosa que tenía derecho a hacer era quedarme con las tejedoras...aunque, si soy honesta, siempre pensé que preferiría verme como chamán antes que como la mujer de Jonás.

Todas las noches oraba a los espíritus para que las cosas volvieran a ser como en el pasado, pero lamentablemente eso no ocurría, y con el paso de los días las cosas se hacían más duras. Y mucho

me temó que esa discusión entre Jonás y Alék por la piel del oso solo las complicó. Estuve esperando que fuera a mi tienda para hacerme pagar por tal humillación, pero no pasó. Supongo que fue gracias a cualquier plan macabro que se le estaría ocurriendo en aquel momento.

Al entender que no iría por mí aquella noche, tomé la manta del oso que me había entregado Jonás y la abracé. Se sentía de maravilla contra mi cuerpo y estaba segura de que sería el objeto perfecto para protegerme del frío del invierno. Mientras la abrazaba, comencé a imaginarme como sería sentir los brazos de Jonás sobre mi cuerpo. Seguramente sería dulce y protector, así era todo el tiempo, pero me temo que no podía sentir ningún tipo de emoción dulce y alegre ante aquellos pensamientos. En su lugar, un profundo rechazo se asentaba en mi interior. No quería ser su esposa. Ni suya, ni de nadie.

No logré conciliar el sueño aquella noche. Di vueltas y vueltas en el piso pero por más que lo intenté, me era imposible sacar de mi cabeza las caras de Alék y de Jonás.

Al entender que no lograría descansar, me puse de pie y salí de la choza. Era de madrugada así que no había ninguna persona en todo el lugar. Todos dormían profundamente y el fuego que momentos atrás había estado encendido, ahora no era más que un montón de troncos mojados.

No era la primera vez que caminaba de noche en los alrededores de la tribu. Desde pequeña siempre me había gustado hacerlo pues la sensación del frío y la soledad me resultaba reconfortante. Solo se escuchaba el sonido del bosque. Grillos y sapos que luchaban por hacerse notar en aquel paisaje de sombras.

Aunque el fuego estaba apagado, las estrellas en el cielo me permitían ver perfectamente todo lo que me rodeaba. Desde los límites del bosque junto a la cabaña del viejo Jonás, hasta las chozas a mi alrededor.

Las chozas con puertas y techos tejidos siempre me habían parecido hermosas. Cada una tenía un tejido diferente, y era porque este representaba

la historia de la familia que allí vivía. Pocos recordaban aquello, y era una maravilla pues así yo sentía que podía conocer a las personas que me rodeaban de una manera más profunda de la que ellos mismos eran capaces. Mi madre siempre me dijo que, de alguna manera, las personas venimos al mundo marcadas por las acciones de nuestros antepasados y, quisiéramos o no, nuestro destino estaba atado a aquello, y tarde o temprano nos alcanzaría.

Me quede quieta durante un largo momento. Disfrutando de la sensación que me producía el entorno en el que me encontraba. Cerré los ojos y respiré con fuerza, pero antes de que me permitiera pensar en los problemas que tenía, el sonido del *siken* atrajo mi atención.

Era una melodía suave, como la de las canciones que nos cantan cuando somos pequeños. Abrí los ojos y comencé a buscar el lugar del que provenía. No era otro más que la choza del viejo Jonás.

Fui rápidamente hasta él y lo encontré sentado a las afueras de su hogar en dirección a las montañas.

Tenía los ojos cerrados y las arrugas en su rostro parecían bailar con la melodía que estaba tocando. Se veía tan concentrado que me dio vergüenza ser descubierta, pero lastimosamente ya me había sentido. Abrió los ojos bruscamente y me miró con genuina curiosidad.

—Uno pensaría que estarías durmiendo a esta hora como todos los demás.

—Me temo que no tengo el sueño tan profundo como todos los demás —fue la única respuesta que pude formular.

—En ese caso —sonrió— somos dos.

Asentí sin ningún tipo de expresión en el rostro, seriamente me preguntaba si debía o no retirarme, pero la verdad es que no quería.

—Esa canción —me acerqué más a él— sonaba muy bien.

—Así es. Es mi canción favorita, de hecho.

—¿Tú la hiciste?

—No —se acomodó hacia un lado para que me sentará— Me la ensañaron hace muchos años, mucho antes de que llegara a este lugar.

—¿Me la quieres enseñar?

Se quedó mirándome como si estuviese cuestionándose si debía o no decirme algo, pero en su lugar soltó otra pequeña sonrisa.

—Te contaré una cosa, pequeña. Esta canción viene de una antigua leyenda que, seguramente, jamás escuchaste porque es de una época en la que ni siquiera tus abuelos habían nacido. Yo la supe gracias a un viejo amigo que me dijo que se llamaba *La canción del bosque* y solo era conocida por aquellos que eran dignos del título de *cazador*.

—¿Dignos de ser cazadores? —lo miré con curiosidad.

—Dignos de ser los cazadores de los espíritus. Aquellos que protegen su reino, espantando a los que no son puros.

—¿Y yo soy digna? —volví a insistir.

—Eso solo puedes saberlo tú.

Ladeé la cabeza y lo miré confundida. Jamás había escuchado sobre aquella leyenda, y eso que me había asegurado de aprenderlas todas.

—Te enseñaré una parte de la canción. Si eres digna, algún día podrás conocer el resto.

Bajo el *siku* hasta sus piernas y comenzó a cantar.

*En el bosque y más allá
Una fuerza, une a todo igual.
Todos pueden ver atrás.
Pero pocos... lo entenderán.*

—En el bosque... —comencé pero el levantó la mano para interrumpirme.

—No la cantes ahora. No tienes que memorizarla. Solo tienes que sentir el ritmo.

Dicho aquello volvió a tocar el *siku*. Sonaba tan suave y pacífico que no tardé en relajarme ante la melodía. Abrecé mis piernas y me concentré en la forma en que movía sus labios sobre cada orificio. Tocaba con maestría y espero, como si de verdad sintieran en su interior las palabras que solo en su mente estaba recitando.

Al día siguiente me fui directo al río. Era día de cacería así que Jonás no estaría por allí durante un largo rato.

Caminar por el río siempre me alegraba. Era un lugar tranquilo y, si había calculado bien el tiempo, seguramente el viejo Jonás estaría por allí.

Lo encontré sentado frente al agua con la mirada perdida. No quería asustarlo así que lo llamé mientras me acercaba.

— ¿Estás bien? —me preguntó sin siquiera verme.

—Sí —me acerqué y me senté a su lado— al menos eso creo.

— ¿Eso crees?

—Todo es muy confuso ahora, Jonás. Mi hermano me vuelve loca, y no dejo de pensar en que algún día buscará cualquier pretexto para asesinar a Jonás... —suspiré— no puedo evitar sentirme culpable por ello.

— ¿Por qué sería tu culpa, pequeña?

Lo miré incapaz de pronunciar las palabras que él ya sabía perfectamente.

—Puede que si no me hubiesen prometido a él, Jonás no tendría tantos problemas.

—Contigo o sin ti, tu hermano y Jonás se odiarían. Son personas muy diferentes... —me miró a los

ojos— creo que lo sabes bien.

— ¿Cómo lo haces?

— ¿Hago qué? —me preguntó.

—Eso. Comprenderlo todo como un sabio...No lo malinterpretes, pero tú no eres como nuestra gente...no entiendo cómo...

—Lo primero que tienes que saber, pequeña, es que a los espíritus no les importa el color de la piel ni el lugar de origen cuando eligen a quien confiarles sus secretos. Es un privilegio que entregan a quien saben que puede manejarlo...—suspiró— aunque no siempre las personas estamos dispuestas a aceptarlo.

Abrí la boca para hacer otra pregunta, pero los tambores de la tribu comenzaron a sonar con fuerza. Algo había pasado.

Ambos nos incorporamos rápidamente y corrimos en dirección a la aldea. El río estaba algo lejos, así que teníamos que darnos prisa si queríamos escuchar lo que acababa de ocurrir. Aquellos tambores solo sonaban cuando invasores llegaban a nuestras tierras o cuando nuestros hermanos de otras tribus nos llamaban para unirnos a la guerra. Sea lo que fuere, se trataba de algo negativo.

Cuando llegamos encontramos a los hombres de mi padre. Los mismos que lo habían acompañado a la aldea Alpena. Las personas los rodearon por completo y me costaba mucho verlos y escuchar-

los. Me puse de puntillas para ver si veía a mi padre, pero este no estaba con ellos.

— ¿Ves a mi padre? —le pregunté al viejo Jonás.

Él solamente negó con la cabeza.

Los tambores siguieron sonando durante un rato, hasta que finalmente las personas dejaron de cuchichear y permitieron que los hombres tomaran la palabra. Comencé a buscar a mi hermano con la mirada, y ya para aquel momento se encontraba al lado de los guerreros.

—Hermanos —gritó uno de los hombres que respondía al nombre de Ballóh— el jefe Ilék ha muerto.

Un nudo se formó en mi garganta y rápidamente sentí como el viejo Jonás me tomaba de la mano.

—Una serpiente lo picó mientras dormía... Los chamanes alpenas lo intentaron todo... pero era demasiado tarde.

Dicho aquello, levantó la mano para ordenar que todos se callaran y se volvió hacia Alek.

—Es momento, hermano Alék, de que hagas honor a tus ancestros y tomes el lugar que te corresponde como jefe de la tribu Papau.

Las murmuraciones y lamentos no se hicieron esperar, pero estos solo lograron que me sintiera más aturdida. Incapaz de permanecer un segundo más allí, me fui corriendo de nuevo a la seguridad del río.

6

La muerte de mi padre era algo para lo que nunca me había preparado. Sabía que podía hacerlo, al igual que lo había hecho mi madre, pero era un hombre tan fuerte que casi parecía imposible. No importaba a cuantas guerras fuera, siempre regresaba, y cada vez se veía más fuerte y duro.

Era un hombre de pocas palabras y expresiones, aunque siempre tuvo una sonrisa oculta que me regalaba cuando solo estábamos los dos. Era una sonrisa cálida y burlona que siempre me recordaba lo que jamás me dijo con palabras: que me quería.

Ahora ya no estarían más, y aquello me desgarraba el alma. Siempre había albergado la esperanza de que mi padre, ahora que nos encontrábamos en tiempos de paz, podría escuchar mi petición de cancelar mi unión con Jonás, pero la verdad es que jamás me atreví a preguntarle en voz alta y me temo que ya era muy tarde para obtener una respuesta.

Lloré en silencio junto al río. Nunca he sido mujer de espectáculos y estaba segura de que en aquel momento la tribu completa estaría envuelta en uno. La soledad era mejor. Hacía que la amarga impresión si disipara y las lágrimas corrieran con triste libertad.

Creo que pasé dos horas en aquel estado. Sin moverme y sin escuchar nada de lo que ocurría a mi alrededor. Para cuando salí de mi trance, ya la noche había caído y, a juzgar por la música que se escuchaba, en la tribu ya habían empezado con los rituales funerarios.

Me cuestioné severamente si debía asistir o no. Se supone que como hija del fallecido era mi responsabilidad, pero no quería. No tenía ganas. Allí seguramente estaría Alék esperando cualquier excusa para molestarme. Era mejor estar sola, así que preferí tirarme en el suelo y esperar a que el sueño me reclamara.

Una melodía me despertó. Era suave y dulce, pero no era desconocida. Era la melodía del bosque. Aquella que noches atrás había escuchado con el viejo Jonás.

Al incorporarme caí en cuenta del lugar en el que estaba y de las circunstancias que me habían llevado hasta allí, así que la tristeza profunda me invadió de nuevo. Quería tumbarme y seguir llorando, pero la melodía a mi alrededor no me lo permitió. Se hacía más fuerte y más intensa. Aquel anciano seguramente estaba buscando una manera de hacerme sentir mejor.

Me puse de pie para buscarlo y pedirle que me dejase sola, pero él no estaba allí. No había más nadie en aquel lugar. Solo yo.

No obstante, la música seguía sonando. Miré en varias direcciones, pero nada. La curiosidad creció en mi interior de forma apresurada y antes de darme cuenta ya me había puesto en marcha en la dirección señalada por el *siku*.

Continué por la orilla del río. Las piedras que allí se encontraban formaban un pequeño camino que, si bien recordaba, conducía hasta las profundidades del bosque, justo a los pies de la montaña de la cual descendía el agua. Ocasionalmente regresaba la vista hacia atrás para ver si alguien me seguía. Seguramente Alék me reprendería por caminar sola durante la noche, pero afortunadamente estaba tan solo como cuando me quedé dormida.

Aquella melodía me calentaba el alma de tal manera que la tristeza que había sentido hacía un rato parecía haber desaparecido. De hecho, estoy segura de que en aquel momento no tuve ningún tipo de emoción ajena a la que producía la curiosidad. Estaba como hipnotizada. Tanto, que llegué a pensar que en algún punto la melodía se materializaría delante de mí.

Por supuesto que aquel no fue el caso. Salí de los límites de la tribu y me adentré a las profundidades del bosque, mucho más allá de la casa del viejo Jonás. Las piedras del río se hacían más frías mientras que la fuerza de aquel también crecía.

Definitivamente, me estaba alejando de mi casa. Podía escuchar a los grillos y sapos a mí alrededor. También uno que otro movimiento entre los arbustos, pero ninguno me asustaba. Al contrario, parecían el perfecto complemento de la canción que escuchaba.

*En el sendero esta mi paz
Y en el silencio la respuesta está.*

Los demonios vencerás...es como la luz al fin saldrá.
Era una voz dulce y profunda. Muy diferente a todas las que conocía. No era el viejo Jonás.

La melodía del *sik'u* se hacía presente, y solo era interrumpida por aquella estrofa de vez en cuando. Alguien sensato se hubiese retirado ante aquella voz. Naturalmente no era normal y mucho menos seguro. Pero yo no pude. Aquella canción me atraía de una manera que me es imposible describir. Tenía que alcanzarla.

Casi no podía ver nada, todo estaba muy oscuro y mientras más caminaba, más espeso se hacia el bosque. De pronto, sentí como algo se clavaba en mi pie y me sacaba de aquel ensueño. Bajé la mirada y vi que se trataba de una piedra puntiaguda. Me incorporé de nuevo para ver a mi alrededor y fue entonces cuando me topé con una figura extraña y genuinamente terrorífica. Cuerpo de hombre y cabeza de oso que me veía expectante desde un grupo de árboles. No sabía si escapar o no.

Tampoco estoy segura de que en aquel momento recordara como hacer tal cosa. Solo podía verlo y esperar.

*En el sendero esta mi paz
Y en el silencio la respuesta está.*

Los demonios vencerás...es como la luz al fin saldrá.
Aparté la mirada apenas escuché la canción y para mi terrorífica sorpresa cuando la regresé a él, ya no se encontraba.

— ¿Hola?

Me atreví a llamar, pero no obtuve respuesta. En su lugar, la canción fue sustituida por el *siken* y esta vez comenzó a sonar como si se alejara.

No sabía que había pasado, pero tenía que dar con el origen de la melodía.

Comencé a correr con todas mi fuerzas en la dirección que indicaba el camino del río. Era la única ruta que conocía lo suficiente. Corrí durante un largo rato, ignorando el cansancio y la presión sobre mi pecho, hasta que finalmente la música volvió a sonar con fuerza. Levanté la mirada al comprender que la había alcanzado y fue entonces cuando me topé con una criatura de cabello negro y vestido verde. Se encontraba en el medio del río. Justo de espalda a mí.

La observé con detenimiento durante un rato, esperando a que la canción brotara nuevamente de sus labios. Así lo hizo, mientras se giraba lenta-

mente en mi dirección con una sonrisa estampada en los labios. Era una mujer. Una muy bella mujer. Me quedé pasmada mientras la observaba. Rápidamente hicimos contacto visual y, a medida que se acercaba, la sonrisa en su rostro se hacía más grande y más dulce. Me tendió la mano y yo, sin siquiera preocuparme, le tendí la mía. Cuando lo hice, una sensación cálida se apoderó de todo mi cuerpo. Me acerqué más a ella y vi como sus labios dejaban de entonar las letras de la canción para soltar en un susurro:

—Aprende bien esta lección...pues fue la madre quien la enseñó.

Abrí los ojos de golpe y para mi sorpresa estaba en mi choza. Aquello no podía ser posible. Estaba segurísima de haberme quedado dormida en el río y, sobre todo, de haber caminado a las profundidades del bosque y haberme topado con el hombre oso y con la dama del río.

Me levanté todavía confundida y, al hacerlo, sentí una molestia en el pie. Me agaché y pude ver la herida que la piedra de la otra noche me había dejado. Aquello sí pasó. Estaba segura. Durante un segundo me cuestioné qué hacer, pero no tardé demasiado en decidir ver al viejo Jonás.

Atravesar la aldea fue complicado. Todos me veían con más pena de la que ya estaban acostumbrados y yo, ciertamente, tenía una extraña sensación en mi cuerpo. Estaba triste por mi padre, pero no podía sacarme a la dama del río ni al oso de la cabeza.

Para cuando llegué a la casa del viejo Jonás, este estaba sentado en la entrada con su mirada perdida como siempre.

— ¿Podemos hablar— le pregunté.

—Por supuesto —fijó su mirada en mí mientras señalaba con su mano un lugar a su izquierda— ¿te sientes bien, pequeña?

—No —aseguré mientras me sentaba a su lado— pero no por mi padre...—bajé la mirada— no realmente... ¿Debería sentirme mal?

—No, las penas del corazón son muy raras y se presentan de formas distintas en cada persona... Ahora ¿por qué te sientes mal entonces?

—Anoche —tomé mi cabello y empecé a jugar con él— no regresé a mi choza. No quería estar allí.

Él me miró mientras solo asentía.

—Me quedé dormida a los pies del río...pero...no sé qué ocurrió —lo miré mientras intentaba ordenar las ideas en mi mente— escuché una canción. Tu canción... y la extraña voz que la entonaba me guió hasta las profundidades del bosque. Justo antes de la entrada del bosque del pino...yo la seguí...o al menos al lugar que me indicaba, pero no puedo realmente explicar que es lo vi...Primero me topé con una extraña criatura con piernas de hombre y cabeza de oso, y después la dama del río...

— ¿La dama del río? —su rostro había perdido la sonrisa apacible de siempre y se tornó preocupada.

—No estoy loca, te lo juro —levanté mi pierna y señalé el pie— anoche me clavé una piedra y todavía tengo la herida.

—Ya sé que no estás loca, pequeña —tomó mi pie y lo empujó hasta el suelo— solo digo que me parece muy extraño todo lo que cuentas.

—No lo es...de hecho...

—¡Huilen! —escuché la voz exasperada de mi hermano. Me incorporé bruscamente y miré en su dirección.

—A nuestro padre no le gustaría verte en este lugar. Suspiré ante su comentario. Odiaba cuando me hablaba así.

—Ya estás bastante grande como para saber qué cosas hacer y cuáles no.

—No estoy haciendo nada malo, Alék —protesté.

—Faltar a la memoria de nuestro padre es muy malo.

—No le está faltando a nada...—intervino el anciano.

—Tú no te metas, Jonás...Nada de esto es tu problema. Dicho aquello se acercó a mí y me tomó por el brazo, sacándome a rastras de aquel lugar.

—Tienes que entender que no puedes, en tu posición, entregar tu vida a los chamanes— me gritó mientras me arrastraba hacia el centro de la tribu.

—Yo no estoy entregándole mi vida a nadie, Alék...y ya suéltame que me estás lastimando.

—No te estoy lastimando, no seas dramática —se detuvo y me miró— y no creas que no sé qué está pasando por esa cabeza tuya.

— ¿De qué estás hablando? —Alék siempre había actuado raro, pero esta vez no tenía ni la más remota idea de lo que estaba pensando.

—Ayer no asististe a las celebraciones en honor a nuestro padre ¿Acaso estás feliz? ¿Crees que ahora que se ha ido te librarás de tu matrimonio?

— ¿Cómo te atreves a decir eso? —ahora fue mi turno de gritar y de recuperar mi brazo— yo jamás me alegraría por su muerte...y jamás he pensado tal cosa...sé muy bien que esa fue su última voluntad con respecto a mí.

No me contestó. Solo se limitó a mirarme con el ceño fruncido.

—Seré la esposa de Jonás.

Mordió su labio y me miró con mucha más dureza.

—Es allí en dónde te equivocas, hermana.

Arrugué el entrecejo por su comentario.

—No permitiré que te cases con un hombre que no te merece...Cuando cumplas le edad suficiente buscaremos a un hombre más conveniente para ti y para nuestra tribu.

— ¿Y qué ocurre con la voluntad de nuestro padre?

—Estoy seguro de que la seguridad de nuestra aldea será siempre la voluntad de nuestro padre.

—Eres un cínico —le dije con toda la rabia que sentía en aquel momento— No tienes ni la más remota idea de lo que es bueno o no para la seguridad de nuestra aldea....

Me abofeteó tan rápido como solté las últimas palabras, enviándome directamente al suelo.

—Escúchame, pequeña niña malcriada —se agachó y me tomó por el brazo— quiero que te quede muy claro que jamás serás la mujer de Jonás. Lo

serás del hombre del que yo escoja y te ordene ¿te queda claro?

No contesté. Solo lo mire mientras sentía como mis ojos se llenaban de lágrimas.

—A partir de este momento, harás lo que yo te ordene.

Me soltó con fuerza y se alejó. Mientras que yo solo pude seguirlo con la mirada mientras las lágrimas corrían por mis mejillas.

Ya había caído la noche pero yo no lograba conciliar el sueño. Las palabras de Alék no salían de mi cabeza y no hacían más que darme ganas de llorar. Aceptando que aquella noche tampoco dormiría, me puse de pie y salí de la choza.

No había nadie cerca y la brisa invernal besaba las lágrimas que otrora había soltado. Caminé perdida en mis pensamientos durante un rato y, sin darme cuenta, llegué de nuevo al río.

Me dejé caer en el piso y tomé algo de agua para limpiar mi rostro. Era reconfortante, pero inmediatamente los recuerdos de la noche anterior llegaron a mi cabeza y unas ganas increíbles de ir al bosque me envolvieron.

Miré en dirección a la aldea y al comprobar que nadie estaba cerca me aventuré a seguir la ruta del río. La noche estaba despejada, así que las estrellas iluminaron todo el camino. Me concentré en los sonidos del bosque y en la calma que me transmitía el lugar. Si estaba en lo correcto, tendría que caminar hasta el bosque del pino para ver de nuevo a la dama del río...o en su defecto, al hombre oso. Agudicé mi oído para ver si lograba escuchar la canción del bosque, pero esta noche solo se escuchan los grillos y sapos. Nada más que eso.

Continúe deambulando hasta llegar a la parte del río en la que había visto a la dama, pero no había rastro de ella. Ni de ninguna otra cosa mágica.

—Hola —llamé— soy Huilén de la tribu Pappau...—miré en varias direcciones mientras soltaba las palabras —solo quiero...—tragué saliva— solo quiero saber si estás aquí.

—No vendrá —dijo una voz en mi espalda que hizo que me asustará.

Me giré en busca de la voz y vi que unos metros más allá estaba la criatura con cabeza de oso. Tragué saliva al verlo y apreté los puños dispuesta a correr si era necesario.

—No temas. No te haré daño.

— ¿Quién eres? —pregunté.

—Me llaman Gorram...y tú eres Huilén ¿cierto?

— ¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé —aseguró con su voz ronca.

—La dama...la que cantaba anoche ¿está por aquí?

—Te refieres a Édiwa —se acercó un poco más— y no, no vendrá esta noche. Se acerca el equinoccio y los espíritus van rumbo a los pies de la montaña.

— ¿Los espíritus? —lo miré confundida.

—El bosque está lleno de espíritus, la dama del río es uno de ellos.

— ¿Y puedes llevarme con ella?

—No, y la verdad es que tampoco deberías estar aquí. No es correcto.

—Pero...

—Regresa a tu tribu Huilén. No tienes nada que buscar en el bosque.

Dicho aquello se alejó lentamente desapareciendo entre los árboles. Yo me quedé atónita ante lo que veía. Jamás había escuchado sobre aquella criatura, y menos sobre Édiwa... Hasta donde yo sabía, los espíritus no tenían nombre, y tampoco vivían como personas en nuestro mundo.

Después de aquel encuentro regresé a la tribu tan rápido como me fue posible. Necesitaba hablar con el viejo Jonás sobre lo que había pasado. Solamente él podría explicármelo. No obstante, cuando llegué a los límites de la tribu alguien me esperaba: Alék.

— ¿En dónde estabas? —me preguntó sin rodeos.

—Yo... —me interrumpí. No podía contarle nada de lo que había visto. Jamás lo entendería.

— ¿Pretendes huir?

—No.

—No creas que soy idiota, Huilén —se acercó más a mí— a partir de ahora te comportarás como te corresponde.

—Pero yo...

—Vete a tu tienda.

—Pero...

—Dije —me tomó del brazo— a tu tienda.

Trague saliva y una vez que soltó su agarre, regresé en silencio a mi lugar.

No pegué el ojo hasta que vi que los rayos del sol estaban por salir. Alék seguramente ahora si estaría dormido así que si quería evitarlo durante un rato tendría que perderme de su vista cuanto antes.

Abandoné la tienda rápidamente y fui en dirección al bosque. No podía dejar las cosas así como así, tenía que saber más sobre Édiwa, Gorram y los espíritus.

— ¿A dónde vas? —preguntó una voz a mis espaldas. Era Jonás.

—Al bosque.

—Eso es obvio, Huilén.

—Tengo que salir de aquí antes de que Alék despierte... ¿Vienes?

—Alék nos matará a los dos si sabe que entramos juntos al bosque.

—Naturalmente —asentí— pero seguramente igual lo hará por alguna otra cosa... Necesito contarte algo. Jonás me miró con curiosidad y agregó:

—Solo tendrás que quedarte mientras cazo.

Caminamos hasta los límites del bosque del pino y, después de preparar un par de trampas, nos sentamos a los pies del río.

—Necesito que prometas que vas a creerme.

—Siempre lo hago, Huilén, no tengo que prometerle nada.

—Bien —asentí y tomé aire.

Contarle toda la historia de lo que había ocurrido en las dos últimas noches fue mucho más sencillo y rápido de lo que había pensado. Jonás no me interrumpió en ningún momento y solo me miraba con atención.

— ¿Estas segura de que no fue solo un sueño?

—me miró— acabas de perder a tu padre, es normal que...

—Te juro que eso sí pasó. Vi a Édiwa y Gorram y me lastimé el pie —señalé el lugar en donde me había clavado la piedra — ya casi no se ve, pero allí está la herida.

—Huilén —suspiró— los grandes espíritus no tienen nombre...y si bien recuerdo las lecciones de Amaru, en teoría, todos están muertos.

—Lo sé, pero eso pasó. Además, estoy segura de que el viejo Jonás sabe algo. Después de todo fue el quien me enseñó la canción.

— ¿Cómo dice la canción?

—No me la sé —bajé la mirada— Jonás dijo que... tenía que sentirla...

Jonás simplemente asintió.

—Pero sí sé que decía algo como... “en el sendero mi paz está...los demonios vencerás...fue la madre quien la enseñó”

— ¿La madre? —alzó una ceja.

—Asumo que hablan de la diosa Dirya —abrí los brazos con frustración— no lo sé. Estoy muy confundida todavía.

—Está bien...—suspiró— si dices que todo esto ocurrió... ¿Por qué quieres saber más? Me dijiste que el tal Gorram te advirtió no volver a este lugar.

—Lo sé —aseguré— pero necesito saberlo ¿entendes? No simplemente ignorarlo.

—Entiendo —aseguró después de mirarme durante un largo rato— ¿Qué quieres hacer?

—Hablar con el viejo Jonás sería un buen comienzo...pero necesito que distraigas a mi hermano mientras lo hago.

Cuando llegamos a la tribu todo parecía normal. Las personas iban y venían ocupadas en sus propios asuntos y no parecía haber rastro de Alék en ninguna parte. Aprovechando esta situación me dirigí a la choza del anciano y Jonás me prometió quedarse cerca en caso de que Alék apareciera.

Al entrar, parecía que me estaba esperando. Estaba sentado en todo el frente de la puerta con el *siku* entre las manos y el fuego encendido.

—Te tardaste.

—Tenía que perder de vista a mi hermano.

—Bueno, lamento decirte que te está buscando desde temprano. Así que eventualmente tendrás que enfrentarlo de nuevo.

—Lo sé —aseguré mientras me sentaba a su lado.

—Tu padre nunca permitió que te acercaras al mundo de los espíritus, pero puede que tu hermano sea diferente.

—Lo dudo, ya me dijo que la muerte de nuestro padre no cambiará nada. Tendré que casarme, aunque estoy segura de que no dejará que lo haga con Jonás.

—No hay muchas otras buenas ofertas para ti en esta aldea...

—Lo sé, pensé que su odio me liberaría de algo,

pero no. Y si soy honesta prefiero casarme con Jonás antes que con otro.

—Pero tú no quieres. Ninguno quiere...

—Lo sé. Ambos lo sabemos...pero ninguno tiene el valor de desafiar a sus padres.

—A la memoria de sus padres, querrás decir.

—A la memoria de nuestros padres —reconocí— igualmente, de eso no es de lo que quiero hablarte...

—Lo sé —aseguró mientras me pasaba el *siku*— acércate al fuego.

Obedecí y centre mi atención en las llamas.

—El mundo que conoces es mucho más grande de lo que parece...y al mismo tiempo más vulnerable. Los nueve dioses que nos crearon estaban conscientes de esto y por ello permitieron que ciertas almas, aquellas que tuviesen el valor y el poder para comprender las necesidades de la gran tierra, tomaran un lugar en sus dominios en el cual pudiesen proteger el equilibrio.

Las llamas del fuego bailaban alegres. Sin embargo, mientras hablaba sobre el equilibrio una de las llamas tomó forma de hoja y salió volando del nucleó de fuego que la había creado. Sorprendida levanté la mirada, pero él mantuvo su relato con naturalidad.

—Estas almas se convirtieron en los grandes espíritus del bosque. Adelya —tres flores surgieron del fuego — Midewa— ahora fueron hojas de ár-

boles las que salieron— y Édiwa —el hielo se tornó azul— fueron los primero espíritus. Tan antiguos como la raza humana.

Estiré las manos dispuesta a tocar alguna de aquellas flores, pero se apagaron mucho antes de que las alcanzara.

—Poco después llegaron los demás. Cada ser que vive en la naturaleza cuenta con un espíritu guardián que se encarga de mantenerlo a salvo. Estos espíritus son llamados cazadores pues siempre están detrás de los humanos, ahuyentándolos de los lugares sagrados, curando a las cosas que dañan y, sobre todo, manteniéndolos a salvo.

—Nunca me habías hablado de esto.

—No era algo que tuvieses que saber —aseguró— no obstante, y a diferencia de lo que pensó tu padre, tu destino está atado a los cazadores.

— ¿Por qué? —pregunté con genuina curiosidad.

—Ningún humano puede escuchar la canción del bosque. Es imperceptible para los oídos de los mortales. Solo aquellos que fueron elegidos pueden escucharla...y solo los que demuestren ser dignos podrán entonarla...y creo, mi dulce niña, que es momento de que olvides quien eres y busques a la persona que viniste a ser en este mundo. Me costaba dar crédito a lo que estaba escuchando. La verdad es que ni siquiera podía entenderlo del todo. El baile del fuego me había dejado

sin palabras, pero aquello que decía el anciano me congelaba por completo. No era posible. Yo era la hija del jefe, y aquello era lo único especial que tenía. Abrí la boca para decirle eso, pero los gritos que provenían del exterior me lo impidieron.

El fuego del viejo Jonás se apagó y el anciano se puso de pie. Afuera de la tienda se escuchaba una fuerte discusión entre dos hombres. Alék y Jonás...para variar. Agarré con fuerza el *siku* y salí rápidamente de aquel lugar.

—Tú te crees el mejor y más valiente de la tribu, pero en el fondo eres un cobarde.

— ¿Yo soy un cobarde? —se burló Jonás de Alék sin alejarse ni apartar la mirada de sus ojos— yo no soy el que no se atreve a reclamar a la mujer que ama.

La tensión entre ambos hombres era evidente. Muchas personas habían dejado lo que hacían y los observaban.

—Si eres mejor que el resto de los hombres de esta tribu ¿por qué no lo demuestras?

—Ya cállate, Alék —contestó Jonás sin levantar la voz.

—No, no me quiero callar —ahora se reía— desde que eras un pequeño te crees el mejor de los guerreros, el más valiente de los hombres —miró a los demás— creo incluso que ha llegado a sentirse mejor que los grandes espíritus.

Las palabras de Alék y las murmuraciones de los otros comenzaron a ponerme nerviosa, pero Jonás mantenía la calma y no mostraba expresión alguna.

—Sí, señores —Alék continuó hablando para los demás— y les digo la verdad, si es cierto esto yo no me atrevería a ofenderlo. Un hombre más fuerte que el resto y que los mismos espíritus es

un tesoro valioso para la tribu. Es la mejor de las bendiciones para mi hermana.

—Alék, ya deja de ponerte en vergüenza —dije mientras me acercaba a ambos.

—No, no me estoy poniendo en vergüenza, hermana. Quiero darle la oportunidad de demostrar lo que vale.

—¿Qué es lo que quieres? —Jonás le preguntó con dureza— déjate de rodeos y dilo de una vez.

—Jamás pondré objeción alguna a tu unión con Huilén si demuestras ser digno de ella.

—Alék... —grité.

—Demuestra que eres igual o mejor que los grandes espíritus y llega hasta la cima de Aquilae nidum.

Más murmuraciones se hicieron presentes y Jonás no hacía más que perder la paciencia.

—¿Te has vuelto loco?

—A menos claro que tengas miedo, lo cual es normal.

—¿Qué intentas? —le pregunté a mi hermano en un susurro.

—Si logras llegar a la montaña y volver, no solo dejaré de oponerme a tu matrimonio con Huilén, también te entregaré el puesto de gran jefe.

—¿Y qué pasa si digo que no?

—Dejarás claro que en el fondo eres un cobarde y que no tienes nada de impresionante, además, le entregaré a Huilén al jefe de los alpenas.

Ahora no solo Jonás temblaba de rabia, yo también lo hacía.

— ¿Ustedes creen que soy un bien con el que pueden apostar? —grité enojada— Tú —señalé a Alék— no tienes ningún derecho de jugar con mi vida y menos a decidir por mí. Hagan lo que quieran, pero les prohíbo decidir en mi nombre.

— ¿Eso es lo que querías? —habló Jonás de nuevo— ¿ofender a tu hermana?

—Ya se le pasará. Ahora dime ¿Aceptas o no?

—Por supuesto que no —contestó Jonás y comenzó a alejarse de aquel lugar.

—Me lo imaginé —dijo con orgullo mi hermano— no eres más que un simplón. Igual que Catlali... Otra vergüenza para Konan.

Jonás se detuvo cuando escuchó los nombres de sus padres. Su madre había sido una mujer ejemplar y una excelente cazadora que falleció en los bosques cercanos a la montaña el día que lo trajo al mundo. No obstante, muchas personas en la tribu, incluso su padre, habían pensado que el destino de la mujer había sido justo al escaparse de la tribu con el hijo de su marido en sus entrañas.

—Jamás, escúchame bien, jamás— tomó a Alék del pecho— permitiré que un animal como tu humille la memoria de mi madre —lo soltó con tanta fuerza que lo hizo caer al suelo— subiré a esa mon-

taña y cuando regrese no solo me casaré con tu hermana, también me aseguraré de que cumplas tu palabra y una vez que eso ocurra te irás de esta aldea para siempre ¿entiendes?

—Si regresas —escupió desde el suelo— así será.

Jamás habría pensado que Jonás podría aceptar una propuesta tan estúpida como aquella ¿Es que acaso no se daba cuenta de que Alék solo quería asesinarlo? Por supuesto que jamás iba a sobrevivir a aquella aventura. Nadie nunca había podido ¿Por qué él sería diferente?

Siempre pensé que era un hombre con buen juicio, pero claramente me equivoqué.

Desde que conozco a Jonás, siempre identifiqué en él una mirada brillante y perdida que solo podía tener quien cuya mente estaba viajando por un sinfín de tierras lejanas. Alguien que sabe que no pertenece al lugar en el que se encuentra. Una mirada que solo había identificado en mi propio reflejo.

Esperé a que se me pasara la impresión y fui a buscarlo en su choza, en donde lo encontré preparando las cosas para irse.

—No tienes que hacerlo en verdad...a las personas se les olvidará y...

—Ya estoy cansado de que tu hermano me insulte, Huilén. No lo soporto y ambos sabemos que ahora que es el jefe se asegurara de hacernos la vida imposible a ti y a mí.

—Lo sé, pero...

—Ya lo escuchaste —me gritó— pretende entregarte a los alpenas... ¿de verdad crees que te dejará ser mi mujer? ¿No crees que en cualquiera de estos días pueda amanecer muerto y tú sin prometido?

Bajé la mirada. Tenía razón con todo lo que decía en aquel momento, pero igualmente subir a las montañas era una idea descabellada.

—¿Estás consciente de que morirás en las montañas?

—No lo haré —me miró— te lo prometo.

—No puedes hacer ese tipo de promesas, Jonás —me acerqué más a él y coloqué la mano en su mejilla— la intención de Alék es matarte, y tú le permites limpiarse las manos.

—Insultó a mi madre...no puedo permitirle eso. Jonás siempre había sido una persona sobreprotectora y orgullosa, era obvio que no permitiría insultos como aquel.

—Eres un tonto —le dije.

Él no hizo más que encogerse de hombros y abrazarme. Aquel hombre era mi mejor amigo y estaba a punto de perderlo para siempre. Aunque también era cierto que estaba por vivir la aventura más grande que habíamos podido imaginar.

—Llévame contigo —dije casi sin pensar. Él me soltó de golpe y me miró— quiero ir contigo.

—Huilén, no creo que...

—Lo acabas de decir, Alék pretende entregarme a los alpenas...seguramente lo hará en un par de días después de tu partida...No puedo quedarme aquí.

—Es peligroso —aseveró.

—Jonás —sonreí y le mostré el *sik'u* en mis manos— necesito salir de aquí, y tú eres mi mejor oportunidad.

—Él no te dejará ir conmigo.

—Él no tiene por qué saberlo.

Me miró durante unos segundos y finalmente asintió.

—Está bien. Ven esta noche a mi choza, le diré a Amaru que nos ayude. Nos iremos en la madrugada.

Para cuando llegué a la choza de Jonás, me llevé una gran sorpresa. La noche había caído hacía bastante tiempo así que tendríamos que aprovechar la madrugada si queríamos hacerlo. Si Alék llegaba enterarse de aquello jamás lo permitiría. Jonás me esperaba con Amaru y el viejo Jonás, quien al verme me dedicó su acostumbrada y tibia sonrisa.

— ¿Estás segura sobre esto? —me miró— no hay vuelta atrás una vez que lo hagas.

Él tenía razón. Era un viaje peligroso, pero algo en mi interior me obligaba a ir.

—Sé lo que estoy haciendo —aseveré.

—Bien —asintió.

— ¿Todavía estás a tiempo de regresar a tu casa?

—me dijo Jonás.

—Iré contigo a las montañas —aseguré— necesito hacer esto.

Él solo asintió.

—Las montañas son un lugar peligroso. Tienen que entenderlo bien —habló Amaru— Puede que ninguno de los dos sobreviva, así que solo les pido que se cuiden el uno al otro...No sean estúpidos y regresen cuando crean que tengan que hacerlo.

—Estaremos bien, mamaíta —se acercó Jonás a la

anciana y la abrazó— te prometo que voy a volver. El viejo Jonás se acercó a mí y me alejó un poco de aquella escena.

—El bosque y las montañas son el territorio de los espíritus. Debes ser fuerte y, sobre todo, debes confiar en la fuerza que tienes contigo. Puede ser un viaje peligroso, pero mientras escuches la canción del bosque, estarás a salvo.

Asentí después de escucharlo e instintivamente bajé la mano hasta el *siken* que descansaba en un cinturón en mi cadera. Él pareció notarlo pues inmediatamente agregó:

—Tócalo cuando te sientas sin fuerzas —llevó su mano izquierda hasta su cuello y retiró de él uno de sus collares.

Era un cristal traslucido en forma de lágrima. Lo miré con curiosidad mientras él lo colocaba en mi cuello.

—Llévala contigo siempre y utilízala para solicitar la ayuda de los espíritus. No te la negarán si se los muestras. Solo ellos podrán guiarlos en esta travesía de forma segura.

Lo miré durante unos segundos antes de regresar la mirada a Jonás.

—¿Lista? —me preguntó.

—Lista.

Se acercó a mí y me entregó una bolsa igual a la suya. La coloqué en mi espalda y, tras dedicarle

una mirada a Amaru y al viejo Jonás, abandonamos la choza.

Cuando salimos de la choza la neblina lo había cubierto todo y solo se podían ver las luces del fuego que provenía del interior de la tribu.

Nos aseguramos de guardar silencio durante un rato. Uno nunca sabe que ojos y oídos curiosos están atentos en la madrugada. Tomé la mano de Jonás y con un ligero empujón le indiqué que me siguiera. La apuesta consistía en ir a Aquilae Nidum, así que sería más sencillo seguir la ruta marcada por el río ya que este nacía de ella.

Seguimos ese camino durante un largo rato. No podíamos ver nada de lo que se encontraba a nuestro alrededor. La neblina lo cubría todo. Pero afortunadamente el río se mantenía visible a nuestro lado. Seguirlo montaña arriba no debía ser complicado.

Mantuvimos el paso firme durante casi cuatro horas y ninguno habló mucho durante ese rato. Creo que estábamos perdidos en nuestros propios pensamientos.

Para cuando comenzó a despuntar el sol, Jonás me tomó de la mano y me detuvo.

—Creo que podemos bajar el paso. Necesitaremos energía para todo el viaje.

—Todavía estamos en el bosque —protesté— pueden alcanzarnos aquí.

—Estamos a varias horas de la aldea. Estoy seguro de que tenemos tiempo. Además, no nos detendremos, solo iremos un poco más lento.

Estaba a punto de protestar, pero tenía un punto. Además, era un desperdicio no disfrutar del paisaje a nuestro alrededor.

Los retos de la neblina abrazaban la parte baja de los árboles, casi como si besaran al suelo. Mientras que de la mitad de los troncos hacia arriba los primeros rayos del sol creaban un juego entre sombras y luces. Los sapos y grillos ya no cantaban y en su lugar las aves que despertaban inundaban al bosque con su dulce sonido.

Cerré los ojos y respiré con fuerza. El aroma del bosque era, sin duda alguna, mi favorito.

—¿Estas bien? —me preguntó Jonás de repente— no hemos hablado mucho sobre la muerte de tu padre.

—Realmente no tengo mucho que decir sobre eso —me volteé hacia él— lo quise, pero casi ni hablabamos, así que...

—Cuando murió mi padre también tuve una mezcla de emociones —dijo él— por una parte sentí alivio. Ya no tendría que escucharlo quejándose de mí todo el tiempo...pero no podía evitar estar triste...

Asentí suavemente mientras le dedicaba una sonrisa. Si yo me quejaba de la relación con mis padres, Jonás tenía que verdaderamente lamentarse

de la suya. Jamás conoció a su madre y fue precisamente gracias a ella que su padre jamás se dignó a tratarlo con un mínimo de cortesía. Siempre lo ignoraba y cuando no lo hacía, era para reprenderlo.

Jamás olvidaré las múltiples veces que encontraba al pequeño Jonás llorando cerca del río. Fue gracias a eso que nos hicimos amigos. Yo escapaba de mi madre y él escapaba de su padre. Al entender que nuestra situación era más similar de lo que pensábamos, comenzamos a hablar. Yo lo escuchaba y aconsejaba mientras que él hacía lo mismo conmigo.

Lo más divertido fue la época en la que nos dio por encontrar actividades que nos hicieran merecedores del afecto de nuestros progenitores. Él me ayudó a descubrir en cual actividad de las mujeres de la tribu era buena, y yo lo ayude a fabricar arcos, flechas y lanzas para cazar. Con el tiempo, él termino siendo un maestro en las artes culinarias y del tejido, mientras que yo desarrollé cierto amor por la caza y los bosques. Aprendimos a dominar lo propio, pero estoy segura de que preferíamos hacer las labores del otro.

—Tal vez —dije— la relación con los padres sea una mezcla de amor y confusión.

—Tal vez la relación con las demás personas sea una mezcla de amor y confusión.

—No del todo —dije divertida— creo que sabes que de todas las mujeres de la tribu tu mejor opción de esposa soy yo. No deberías estar confundido con eso.

—Es lamentable, pero es cierto —dijo mientras veía al cielo con los ojos muy abiertos.

Yo abrí la boca para soltar una carcajada al tiempo que me agachaba hacia el río para tomar un poco de agua fría y arrojarla contra él.

—Oye —respondió antes de irse contra mí y empujarme al río.

El agua estaba helada y junto con el frío de la mañana se convirtió en la peor broma que Jonás podía jugarme. Pero él estaba acostumbrado a hacerlo.

—No es divertido —le dije mientras salía.

—Sí lo es —se burló.

—Podría enfermar.

—No lo has hecho en quince años...no creo que lo hagas ahora.

—Idiota —me acerqué a él y me tumbé al suelo.

Él me imitó y sacó de su bolsa un par de tortas de maíz.

—Tenemos que administrar esto —le dije mientras comía— el viaje seguramente será largo.

—Eventualmente tendremos que cazar algo.

—Naturalmente —asentí con un bocado en mi boca— pero igual no estamos seguros de que haya algo con vida en las montañas. Si miras con aten-

ción te darás cuenta de que están cubiertas de hielo y nieve.

—Eso ya lo sé, niña tonta —volteó los ojos— tendremos que cazar antes de subir.

—Y la carne...

—Las cocinaremos, Huilén —dijo con su típico tono de lo obvio.

—Vale...no he dicho nada.

Volteó de nuevo los ojos y siguió comiendo.

—Una lógica como esa hará que tu esposo alpena te devuelva a tu hermano.

—Dudo que pueda romper nuestro compromiso después de este viaje...para toda la tribu tú y yo seguramente ya...

—Naturalmente —asintió— si supieran lo insufrible que eres no dudarían de mí...pero...

—Eres un idiota —me reí— tú eres más insufrible... ni siquiera tu abuela intentó detenerte antes de venir. Estoy segura de que está feliz de que te hayas ido.

—Para tu información, me suplicó que me quedara.

—Lo dudo —continué con otro bocado de torta entre los dientes— hace un rato pensaba en que tal vez debí venir sola.

—Según tú, llevas varias noches en esto...sí podrías haberlo hecho.

—Es cierto —aseguré— de hecho...—tomé un segundo para pensar— posiblemente, lo hubiese hecho tarde o temprano...

Terminamos de comer en silencio. Jonás estaba perdido en sus pensamientos y yo me concentraba en mirar hacia diferentes lugares. Quería ver si daba con Gorram o algún otro espíritu.

— ¿Cuánto tiempo crees que nos demoremos en subir? —me preguntó de repente.

—No lo sé —reconocí— seguramente llegaremos a los pies de la montaña mañana, aunque puede que nos tardemos un poco más dado que tenemos que cazar y preparar todo para subir...—suspiré— sea como sea, tenemos que darnos prisa pues para este momento ya Alék tiene que haber descubierto mi ausencia.

—Yo dudo que tu hermano ordene que te busquen. Bajé la mirada pues realmente no estaba tan segura de aquello.

—Estoy convencido de que está enojado y que el día que regreses se asegurará de castigarte severamente.

—Posiblemente lo intente —aseguré mientras regresaba la mirada a él— pero poco podrá hacer pues, a menos que cambies de opinión, seré tu esposa cuando regresemos.

—No cambiaré de opinión —sonrió— tenemos un plan, cumplimos la apuesta, regresamos, expulsamos a tu hermano y nos casamos.

—Olvidaste agregar que serás el nuevo jefe.

—Y seremos los nuevos jefes...

- ¿Estás seguro de querer eso?
- No —reconoció— pero expulsar a tu hermano vale la pena.
- Ciertamente una vida sin Alék en ella era tentadora. Me sentía un poco culpable ya que era mi hermano, pero era tan desagradable y malo que su simple presencia lastimaba más que un puñal.
- ¿Crees que sobrevivamos? —lo miré.
- ¿Por qué no habríamos de hacerlo?
- Porque más nadie lo ha hecho.
- No somos como todos los demás,
- ¿No? —levanté una ceja.
- Yo soy un fuerte y apuesto guerrero y tu una princesa que puede ver a los espíritus...por supuesto que somos diferentes.
- De acuerdo a esa descripción es posible que sea yo quien sobreviva.
- Bien, podemos hacer otra apuesta. Nos vamos por separado y si sobrevives, cuando sea jefe, te nombraré jefa.
- ¿Jefa? —me burlé— eso sí sería toda una novedad.
- La daremos si sobrevives —se rió.
- Por tentadora que suena tu propuesta. A diferencia de ti, tengo la capacidad de meditar bien antes de tomar apuestas insensatas.
- Si soy tan insensato, dime ¿qué haces aquí conmigo?
- Asegurarme de que sobrevivas es un buen punto.
- Y pensé que no me amabas lo suficiente.

—Eres insoportable, Jonás —sonreí y baje la mirada hasta el *siku* que tenía en la cadera— la verdad —comencé a decir con mayor seriedad— necesito comprender qué es lo que ocurre en el bosque... ¿puedes entenderlo?

—No realmente —se puso de pie y me tendió la mano— pero confió en ti. Eso me basta.

Acepté su mano y me incorporé a su lado.

—Además —continuó— es lindo tener compañía.

Continuamos el viaje durante un largo rato. Comenzamos a ir un poco más rápido pues no podíamos descartar la posibilidad de que los hombres de la tribu me estuviesen buscando en aquel momento.

El bosque del pino era otra cosa a plena luz del día. La neblina de la mañana había desaparecido por completo y en su lugar los rayos brillantes del sol acariciaban al suelo. Las hojas de los árboles se movían libremente con el viento y el canto de los pájaros nos rodeaba. Era precioso.

Cada cierto tiempo nos deteníamos para mirar algún animal que se movía cerca o para disfrutar de una flor en particular que nunca antes habíamos visto. Jonás y yo acostumbábamos a explorar el bosque cuando éramos pequeños y estoy segura de que ya habíamos hecho este viaje en alguna ocasión, pero las cosas cambian su forma cuando quien las mira madura lo suficiente.

Los colores que había en aquel lugar eran fascinantes. Flores naranjas, rojas y rosadas que contrastaban con el color verde y marrón de los árboles y la tierra. Me aseguré de memorizar cada color pues eventualmente lo recrearía en el telar. Cosa que me recordó que, si regresábamos, tenía

que tomar una flor de cada una de las que allí se encontraban. Las necesitaría más adelante.

—Huilen —me detuvo Jonás de repente— mira allá. Con su dedo señaló a una piedra del otro lado del río que brillaba con demasiada intensidad incluso para algo que recibía toda la luz del sol. Lo miré con atención y, sin siquiera decirlo con palabras, ambos acordamos ir a ver de qué se trataba.

Atravesamos las aguas del río con cuidado. No tenía tanta fuerza pero si era profundo, así que era necesario tomar algún tipo de precaución.

Cuando llegamos, ambos temblábamos del frío, pero ninguno se quejó. En su lugar corrimos hasta la piedra.

Al llegar nos dimos cuenta de que no era una piedra como todas las demás. Estaba cubierta por una superficie turquesa que estoy segura de que era la causa de aquel brillo tan intenso. Ambos nos colocamos a su alrededor para bloquear la luz del sol y así poder observar con atención los detalles que tenía. Había un grabado que no había visto nunca antes. Eran tres líneas paralelas similares a las ondas del agua.

Coloqué mi mano sobre aquella y vi que estaba demasiado fría para la cantidad de calor que recibía del sol en aquel momento. A los lados de aquella, vi que también tenía grabado algo. Eran marcas con formas de animales e incluso perso-

nas. El oso y el cóndor parecían ser los protagonistas pues los demás elementos los rodeaban.

—Creo que esto es una historia, Jonás.

Él se dio la vuelta y se acercó a mí para ver los dibujos.

—Debieron haberlos hecho hace mucho tiempo.

—Demasiado —coincidí— pero no puedo entender que dicen.

—No es de nuestra tribu. Tampoco de los alpenas, ni de los kiya.

—Estamos muy lejos de ambos territorios.

—Sí, pero siguen siendo los más cercanos —mi miró— pudieron hacerlos en los años antes de la gran guerra.

—Posiblemente —aseguré y me puse de pie.

No estaba del todo segura de aquella explicación. Aquella piedra era muy extraña y dado el frío que experimente mientras la tocaba, estaba segura de que no era propiedad de ningún mortal.

—Dentro de poco caerá la noche. Vamos a encender fuego para secarnos y descansar. Mañana continuaremos.

Asentí de inmediato, pero no logré separar mis ojos de los grabados de la roca.

Abrí los ojos y descubrí que todavía era de noche. Jonás dormía profundamente y el fuego que nos acompañaba parecía contar con varias horas de vida todavía, así que para lograr entrar en calor me acerqué más a él. El calor era reconfortante, además, me permitía pensar. Ya era una terrible costumbre no lograr dormir durante la madrugada, pero por lo menos en aquel lugar me sentía a gusto.

Centré mi mirada en el fuego mientras recordaba las figuras que habían surgido en la choza del viejo Jonás. Formas de flores y hojas que derivaron en fuego azul. Un azul brillante e intenso, casi como si se tratase de un río profundo.

Suspiré y bajé las manos hasta el *sikéu*. Lo tomé y miré con atención. Nunca antes había tocado uno de aquellos. Realmente no me había llamado la atención, pero me atraía de una manera increíble. Como si de una reliquia se tratase.

Lo tomé con cuidado y llevé hasta mis labios. No sabía qué hacer, así que solo cerré mis ojos y me dispuse a tomar el aire necesario. Pero antes de siquiera soltarlo, una melodía se escuchó a mi alrededor.

Abrí los ojos rápidamente y miré en todas direcciones. No parecía haber nadie cerca, además, Jonás seguía durmiendo profundamente. Me puse

de pie y una vez más me dispuse a buscar el lugar del cual provenía el sonido.

Era la misma melodía. La canción del bosque. La seguí lentamente y, al entender que la canción provenía del agua, me acerqué más al río.

Este fluía con su típica naturalidad, pero con las dulces tonadas de un *siku* que sonaba en su interior. Me puse de rodillas y, para mi sorpresa, descubrí que brillaba tanto como podía hacerlo el cielo nocturno. Era como si cientos de estrellas se alojaran en él.

Me concentré en él y en la corriente, y fue entonces cuando me quedé helada: figuras iguales a las del fuego del viejo Jonás fluían libremente en su interior. Tragué saliva por la impresión, pero no podía sentir miedo. Era demasiado hermoso para ser peligroso.

Una estela brillante marcaba la ruta de la corriente y, a su lado, formas de peces brillantes nadaban y saltaban. Quería meter la mano allí, pero no me parecía algo prudente. No quería interrumpir a aquellas criaturas. Me acerqué mucho más y vi que la estela era la responsable de la melodía. Era el alma del río.

Levanté la mirada y me fije en la piedra turquesa que estaba a un lado. Se veía oscura debido a la noche, pero los grabados que tenía soltaban el mismo brillo azul que tenía el agua. Quise levan-

tarme para verlo, pero el chapoteo del agua atrajo mi atención. Eras truchas brillantes que saltaban alegremente fuera de esta.

Sonreí ante la emoción y estiré una mano para ver si lograba tocar alguna. No lo hice, evidentemente, pero en su lugar, un brillo más grande me rodeo por completo y poco tiempo me tomó darme cuenta de que se trataba del cristal que traía en mi cuello. Llevé la mano hasta él y el calor que sentí me arropó por completo. Intenté aferrarme a él con más fuerza, pero apenas lo hice todo a mí alrededor se apagó y rápidamente el río y los animales recobraron su comportamiento natural. Llevé mi mano a mi frente mientras procesaba todo lo que había visto. No era un sueño pues estaba perfectamente despierta. Me puse de pie y levanté la mirada hasta el otro lado del río. No fue hasta ese momento en el que descubrí que estábamos en el mismo lugar en el que noches atrás había visto a Édiwa, la dama del río.

A la mañana siguiente Jonás recogía agua para llevar durante el resto del viaje mientras yo todavía procesaba las cosas que había visto la noche anterior.

—Creo —me acerqué a él mientras pensaba en cómo decir aquello— que estamos en el lugar en el que vi a los espíritus la otra noche.

—¿Estás segura? —preguntó mientras se ponía de pie con las cantimploras entre los brazos.

—Sí —aseguré y señalé la ruta del otro lado del río— ves aquellos árboles, son hasta dónde llegué el otro día. De hecho...sin estoy en lo correcto —caminé hasta la piedra turquesa— creo que este es el hogar de Édiwa.

Jonás no contestó, solo asintió mientras me pasaba una de las cantimploras. Honestamente, me consta que él hacía un esfuerzo sobre humano para creermelo, pero a veces me cuestionaba si de verdad lo hacía.

—Anoche...mientras dormías, escuché la canción —dije con una fingida firmeza. Quería que me tomara en serio con lo que estaba a punto de contarle.

—Pudiste haberlo soñado, Huilén.

—No lo hice.

Caminé hasta la orilla del río y me agaché justo en el medio de la piedra y aquel.

—Algo ocurre en este lugar...Creo que está vivo.

— ¿La piedra?

—No la piedra...—suspiré— bueno, sí. La piedra, el río, la tierra —llevé la mano hasta el cristal en mi cuello— el bosque en general. Tiene vida. La vida que le dan los espíritus. Anoche mientras dormías vi como todo este lugar se inundaba por una luz azul y brillante. Una luz que provenía del río.

Jonás se mordió el labio y se acercó a mí.

—También escuché la canción. Venía del fondo del río y era ella lo que hacía que todo, incluso la piedra, brillara. Era como si todo estaba conectado...—bajé la voz— incluso el cristal.

Jonás bajó la mirada hasta el cristal en mi cuello y luego me miró con preocupación.

— ¿Estás bien?

—Estoy hablando en serio.

—Lo sé...no me refiero a eso...te pregunto —se acercó un poco más y tomó mis manos para ayudarme a levantar— ¿Hay algo que no me estás diciendo?

—No. Todo te lo he contado...yo solo —tragué saliva— no entiendo por qué veo todas estas cosas...hay algo en esa letra. Siento que es para mí ¿entiendes? Solo suena durante la madrugada, que resulta ser el único momento en el día en el que estoy sola y en silencio...es como si...como si tratase de un secreto.

—Puede que lo sea —aseveró— De cualquier manera, iremos a la montaña. Estoy seguro de que podremos encontrar alguna respuesta...

Sonreí sin ganas ante su comentario. Me alegraba saber que contaba con su apoyo, pero igualmente no podía dejar de pensar en que posiblemente no me creía...y si lo hacía seguramente era cuestionando mi lucidez, así que era mejor guardar en secreto la parte de las truchas brillantes.

Caminamos en silencio. Jonás intentaba hablar conmigo a cada rato, pero la verdad es que yo solo estaba concentrada en el bosque que me rodeaba. Me moría de ganas de ver algún indicio. Cualquier cosa que me permitiera demostrarle a él, y a mí misma, que no había perdido la razón.

El bosque permanecía en calma. Solo se escuchaban las aves y el crujir de la tierra con nuestros pasos. Yo estaba tan concentrada en mis pensamientos que ya hasta se me había olvidado el peligro de ser alcanzados por los hombres de la tribu. Realmente aquel pensamiento perdió todo tipo de fuerza después de lo que había visto la noche anterior.

Bajé la mano hasta el cristal y noté que este comenzaba a calentarse. No quemaba. Solo estaba tibio. Me volví hacia Jonás con ganas de contarle, pero en verdad, prefería guardar silencio. No quería discutir sobre algo que no lograba comprender.

—Ya estamos por llegar —anunció mientras extendía la mano— allí está la montaña.

Fijé la mirada hacia dónde él señalaba y logré ver como aquel grupo de montañas se alzaban imponentes detrás de la copa de los árboles.

La mitad de ellas se veía cubierta por árboles y piedras, pero después de cierta altura se tornaban

tan blancas que era difícil distinguir que parte era montaña y que parte pertenecía a las nubes.

—Tendremos que cazar algo por aquí.

Asentí y rápidamente busqué un lugar entre los árboles en el cual pudiéramos descansar aquel día.

—Será mejor que empecemos a subir en la mañana ¿no crees?

—Eventualmente se nos hará de noche allá arriba.

—Lo sé —asentí— pero por lo menos estaremos más arriba y con más fuerza. Además, no estamos seguros de cuánto tiempo tardaremos en atrapar algo y cocinarlo.

—Es un buen punto. Iré a poner algunas trampas...debimos traer un arco ¿no crees?

Dicho aquello, Jonás me dejó en aquel lugar mientras yo me aseguré de arreglar las pieles que habíamos llevado para hacer una superficie suave en la cual descansar. El viaje del día siguiente sería bastante duro y un buen descanso era necesario. Durante todo el proceso la piedra no perdió su calor. Después de un rato, me acostumbre tanto a él que ya me resultaba agradable.

Al terminar con todos los preparativos, recordé las palabras de Jonás sobre el arco. Ciertamente no teníamos garantizado que algún animal cayera en nuestras trampas.

Me puse de pie y examiné los árboles que teníamos cerca. Hacía mucho tiempo había aprendido

a fabricar arcos y flechas. Seguramente me tomaría toda la tarde, pero, con algo de suerte, podría intentar cazar algo antes de que cayera el sol...y si Jonás regresaba con algo antes de eso, al menos tendríamos con que defendernos ante cualquier animal que pudiese vivir en la montaña.

Se me fue toda la tarde tal y como lo había previsto, y en todo ese tiempo no dejé de sentir que alguien me observaba. Estaba nerviosa, pero no quería que Jonás pensara que tenía miedo. Además, si estaba en lo cierto, lo que me observaba no era una persona...no una viva por lo menos.

Deshice una manta que había llevado y con uno de los hilos arme el arco y aferré las piedras a las ramas que usaría como flechas. Me había quedado bien. Tanto que me sentí orgullosa de mis habilidades.

Como Jonás todavía no regresaba, me puse de pie y seguí la ruta en la que él se había marchado.

Todo estaba en silencio y calma. Tanto, que realmente evidenciaba el peligro. Jonás estaba cerca. Atento a todas las posibles presas que podía encontrar, y aquellas lo sabían.

Centre la mirada en un par de arbustos del cual sobresalían las piernas grandes de mi compañero. Caminé hasta él con cuidado de no pisar ninguna de sus trampas y finalmente me tumbé a su lado.

— ¿Qué tienes allí? —señaló a mi espalda.

—Algo que nos dará de comer —dije orgullosa.

—Brillante —dijo mientras miraba el arco que yo preparaba.

—Gracias...Hacer artesanías es útil para sobrevivir. Ambos reímos por mi comentario y nos dispusimos a cazar. Para el final del día, recolectamos cuatro ardillas relativamente gordas. Las cocinamos en silencio y Jonás lavó y preparó sus pieles lo mejor posible para guardarlas.

Cuando cayó la noche, ambos nos acomodamos cerca del fuego y disfrutamos del silencio. Si había algo que amaba de Jonás era que rara vez teníamos que hablar para entendernos.

—Sabes —dijo de pronto— por alguna razón siento que no estamos solos en este lugar.

Lo miré con curiosidad mientras afirmaba con mi cabeza.

—Lo sé...tengo la misma sensación...Creo que...

— ¿Son los espíritus?

—Sí...

—Me gustaría escuchar esa canción —señaló el *siku* en mi cadera.

Lo miré fijamente y comencé a cantar.

En el sendero está mi paz.

Y en el silencio la respuesta está

Los demonios vencerás...es como la luz al fin saldrá.

Era la única parte de la canción que había logrado memorizar. Cuando terminé de cantarla, sentí algo extraño en mi pecho. Era como si el cristal

vibrara. Bajé la vista hasta él y lo tomé. Se veía perfectamente normal, pero claramente la canción había hecho algo.

Levanté la mirada hacia Jonás, pero una figura detrás de él me dejó sin palabras. Supongo que mi rostro cambió significativamente porque Jonás se dio la vuelta lentamente y soltó un grito ahogado al toparse con el hombre mitad oso.

—Gorram —dije en un susurro.

—Te dije que no podías estar aquí —fue su única respuesta.

—¿Quién eres? —interrogó Jonás quien instintivamente se colocó delante de mí.

—Soy Gorram —anunció— espíritu de los suelos y ustedes, Jonás y Huilén, han penetrado en mis dominios.

—¿Cómo sabes... —comenzó Jonás, pero yo lo interrumpí.

—Lo siento... nosotros no tenemos opción, tenemos que ir a las montañas.

—Estoy seguro de que sí tienen opción —se acercó más a nosotros— solo que ninguno quiere tomarla.

—Necesitamos subir a Aquilae Nidum. Te aseguro que nuestras intenciones son nobles.

—Ustedes quieren ir a Aquilae Nidum, no lo necesitan ¡Qué terrible costumbre tienen los humanos de pensar que todo lo que quieren es una necesidad!

—Te aseguro que...

—Todos dicen lo mismo y eso es porque, en esencia, todos son lo mismo. Hombres charlatanes que solo buscan irrespetar a los grandes espíritus.

—Nosotros...—comenzó Jonás, pero le apreté la mano para indicarle que se callara. Prefería ser yo quien hablara con Gorram.

—Tenemos permitido subir —dije mientras recordaba al cristal en mi cuello, el cual tomé para mostrárselo.

—No me importa quienes son ustedes, ni por qué quieren subir...solo me interesa saber ¿Qué harán una vez que descubran el secreto de estas montañas?

No sabía que responder a aquello. Cualquier respuesta podía ser errada.

—No lo sé.

Gorram se detuvo a pocos centímetros de nosotros y se despojó de las pieles que lo cubrían. No era un hombre mitad oso. Era un hombre protegido por las pieles de un oso.

—Pues entonces tendremos que hablar sobre eso.

—El mundo de los espíritus es más amplio de lo que ustedes imaginan —habló Gorram desde su lugar frente al fuego. Era un hombre de piel clara y rostro severo— Tenemos que garantizar que todo esté en orden para evitar que los dioses o los humanos destruyan este mundo en el que vivimos. Un mundo increíblemente escuálido y delicado. Jonás y yo nos acomodamos uno junto al otro y nos dispusimos a mirarlo con atención.

—Los espíritus nos encargamos de que la naturaleza fluya con el orden que le corresponde. Cuidamos del bosque y de las criaturas que aquí viven. Incluso de ustedes. Pero con el pasar del tiempo, se hace una tarea cada vez más complicada.

—Nosotros jamás escuchamos sobre ustedes... quiero decir, pensé que los espíritus eran diferentes —intervino Jonás.

—Lo sé. Son pocos los humanos que logran conocerlos, y es mejor así ¿no crees?

Ninguno respondió a aquella pregunta.

—El mundo está repleto de espíritus, algunos buenos y otros malos. Nosotros, los cazadores, somos lo que en su tribu conocen como “los grandes espíritus”. Adelya, Midewa, Dakali, Édiwa, Kat, Vekcal. Averyk y yo, Gorram.

—¿Cazadores? —pregunté.

—Cazadores de los dioses. Siempre estamos detrás de cada criatura. Velando por ella y por sus acciones. Las necesarias las dejamos fluir, pero detenemos las que no lo son.

Asentí mientras me tomaba un momento para procesar lo que decía.

—Ustedes dos hacen algo que dudo que sea necesario. Arriesgar la vida en las montañas sagradas no tiene ningún tipo de justificación...sin embargo aquí están con el cristal entre las manos...supongo que por alguna razón será.

Ambos nos miramos atónitos. Estábamos seguros de que nos obligaría a regresar apenas saliera el sol.

—Tienen que saber que no es una acción sencilla. No es como un paseo cualquiera en el bosque. Estarán en el corazón de los espíritus. Del lugar del cual fluye la gran magia que conecta a este y a todos los bosques. No pueden subir solos.

—¿Nos acompañarás? —le pregunté.

—No, el invierno se acerca y es momento de que el espíritu guardián de esta temporada tome el control. Los estuve siguiendo desde el claro de Édiwa para asegurarme de advertirles sobre el lugar en el cual se están metiendo. Ahora que lo saben no me queda más que decirles lo siguiente —tomó aire y fijó su vista en el fuego— caminen mañana

hasta los pies de la montaña y pidan la ayuda de Kat —me miró— el cristal que tienes en el cuello la llevará hacia ti. Viajen con ella en todo momento y no se aparten de su lado. Solo con su compañía podrán sobrevivir a la travesía.

Regresó la mirada al fuego y dio un último suspiro antes de ponerse de pie.

—Sus corazones son fuertes...les deseo mucha suerte.

Dicho aquello se dio la vuelta y marchó hacia la profundidad de los árboles en donde desapareció.

— ¿Confías en él? —me preguntó Jonás el día siguiente antes de partir. Decidimos hacerlo mucho antes de que saliera el sol. Mientras más tiempo nos acompañara durante la subida, sería mejor.

—Sí lo hago.

Se acercó más a mí y me abrazó.

—Podríamos volver ahora.

—Y ser miserables por el resto de nuestras vidas —me aparté de él y acaricié su mejilla— te conozco desde hace años, sé que te mueres de ganas por subir, y sabes que yo también lo hago.

—Podríamos no sobrevivir —dijo después de un rato.

—Yo te dije eso antes de salir de la aldea y, sin embargo, aquí estamos.

Jonás asintió y se alejó de mí.

—Si sentimos que en algún punto se vuelve demasiado peligroso, regresaremos ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Continuamos el trayecto hasta los pies de la montaña. Era mucho más grande e imponente de lo que habíamos pensado. Un pequeño sendero marcaba la entrada y nos acercamos a él cuanto antes. Me estaba cuestionando si debíamos llamar a Kat o algo por el estilo cuando Jonás me tomó de la mano y jaló hasta su lado. Inmediatamente señaló

al cielo y ambos nos congelamos al ver una estrella increíblemente grande sobre nuestras cabezas.

—Es hermosa —susurré.

La estrella brillaba con demasiada intensidad y casi parecía tocar la punta de la cuarta montaña. Era impresionante, no obstante algo no era normal. Entrecerré los ojos para comprobar que no fuera la luz la que me estuviese jugando una mala pasada, pero no era el caso. La estrella se acercaba a nosotros.

Mi viré hacia Jonás pero este solo me apretaba la mano mientras aguantaba la respiración. Él también la veía.

Mientras más se acercaba más sencillo se hacía distinguirla. No era una estrella. Era una gigantesca águila blanca que volaba a nuestro encuentro.

Retrocedimos unos pasos mientras la magnífica criatura se detenía delante de nosotros y revelaba a un mujer vestida de blanco y con el rostro cubierto por un manto del mismo color.

—Jonás, Huilén —nos saludó con un tono de voz tan elegante y calmado que solo una diosa podría tener.

—¿Kat? —preguntó Jonás.

—La misma —asintió— es un placer conocerlos en persona.

Sus ojos eran lo único que podíamos ver detrás de aquel manto. Aquellos eran tan azules como el mismo cielo y combinaban perfectamente con

un cinturón de cristales que descansaba sobre su cadera, formando una estrella justo en su vientre.

— ¿Eres una diosa? —le pregunté.

— ¡Por la madre, por supuesto que no! —se rió—
¿qué creen que soy?

—Un estrella que se convierte en águila y en mujer
—respondió Jonás todavía sorprendido.

—Soy el espíritu del águila. Cazadora de las nieves
y guardián de estas montañas.

—Pero te ves como una mujer —agregué.

—Eso es porque una vez lo fui —respondió.

— ¿Podemos subir a las montañas? —preguntó Jonás.
La dama pareció meditar sus palabras antes de
contestar. Lo miro fijamente y después hizo lo
mismo conmigo, con la única diferencia de que se
detuvo en el cristal que llevaba en el cuello.

—Pueden y lo harán. Los llevaré hasta la punta de
Aquilae Nidum... pero con una condición.

Ambos la miramos.

—Debes regresarme el cristal que traes en el cue-
llo una vez que lleguen a la cima.

Instintivamente lo toqué.

—No es mío —respondí recordando al viejo Jonás.

—Lo sé. El cristal me pertenece a mí.

Pensé en responderle que no, pero no creí que
responderle a los grandes espíritus fuese una de-
cisión prudente.

—De acuerdo —aseguré— si prometes mantener-

nos a salvo a los dos, te lo entregaré.
—Bien —asintió— partamos entonces.

La primera parte del camino transcurrió en silencio. Ninguno de los dos se atrevía a hablar pues la verdad es que ninguno sabía exactamente que se debía decir delante de aquella dama. Era posiblemente la criatura más distinguida que jamás hubiese visto alguno de nosotros y nos preocupaba ofenderla de alguna manera.

El paisaje a nuestro alrededor era muy diferente al que habíamos dejado abajo. Aquí el camino era empinado, y mientras más arriba estábamos, más rocas dificultaban nuestro andar. Del mismo modo, el frío comenzaba intensificarse. Aunque esto lo sabía por ver a Jonás estremecerse, yo, por alguna extraña razón, no sentía frío alguno. Al contrario, me sentía perfectamente abrigada.

—El camino se hará más duro mientras andemos. Llegaron justo antes del equinoccio y de la gran nevada. Si quieren sobrevivir, tendremos que asegurarnos de que lleguen a la cima antes de la tormenta.

—¿Cuándo tiempo tenemos antes de eso? —preguntó mi compañero.

—Tres días contando el de hoy —se detuvo y nos miró— tendrán que obedecerme sin importar qué ¿entienden?

Ambos simplemente asentimos.

—Seguiremos este sendero hasta un lugar que llaman la Cueva de los Cristales. Allí pasaremos la noche. Mañana haremos lo posible por llegar hasta Aquilae nidum, esa es la punta de la cuarta montaña y allí podrán esperar a que finalice la tormenta. Después de eso, podrán ir hasta Cacere Glacies y regresar. Pero no lo olviden —retomó el paso— lo más importante es llegar a Aquilae nidum antes de la gran nevada.

—¿Crees que lo lograremos? —preguntó Jonás.

—Eso depende de lo rápido que avancen —nos respondió— hay partes de la montaña que deberán recorrer solos. Yo estaré lo suficientemente cerca cómo para ayudarlos si hace falta, pero por favor, tienen que darse prisa.

Busqué a Jonás con la mirada, la verdad es que comenzaba a sentirme muy nerviosa de aquella aventura. Él pareció entenderme porque rápidamente se acercó a mí y colocó su mano junto a la mía.

—Por ahora deben seguir esta ruta. Siempre va en línea recta, así que no tienen razones para perderse. Yo los veré más adelante.

Dicho aquello se convirtió de nuevo en águila y salió volando delante de nosotros. Ninguno podía dar crédito a lo que veía. Naturalmente, cambiar de forma no era algo que se veía a diario en nuestra aldea.

—Eso es impresionante —me dijo Jonás con un hilo de voz.

—Verdaderamente —estuve de acuerdo.

Ambos la seguimos con la mirada durante un rato antes de continuar por la ruta señalada y, sin darnos cuenta, lo hicimos con nuestras manos entrelazadas. El calor que provenía de nuestros cuerpos nos mantenía tibios y evitaba que la fría brisa nos apabullara.

Eventualmente levantaba la cabeza para asegurarme de que Kat estuviese con nosotros. Era una criatura misteriosa, pero sentía que podía confiar en ella y, la verdad, es que me tranquilizaba tenerla con nosotros.

— ¿Tienes frío? —me preguntó Jonás después de un rato.

—No realmente —le respondí provocando una mirada de sorpresa en su rostro— el cristal... creo que él me mantiene caliente.

— ¿El cristal?

—Sí —tomé su mano y la llevé hasta mi cuello— ves. Jonás tomó el pequeño cristal entre sus dedos y lo apretó. El calor debió extenderse a él pues pude sentir como un gruñido satisfecho se escapaba de sus labios.

— ¿Cómo lo haces?

—No lo sé —me encogí de hombros— es mágico.

—Todo en este lugar es mágico...la verdad es que me pone los pelos de punta.

—Se más flexible —le sonreí— en la vida hay más cosas de las que podemos ver.

Jonás también sonrió mientras continuaba caminando. De pronto escuchamos el canto del águila y al levantar la cabeza vimos cómo se elevaba en el aire.

No tuvimos que cuestionarnos nada pues al mirar al frente vimos cómo se alzaban unas enormes piedras.

—Tendremos que subir —informó Jonás.

Yo lo miré completamente preocupada. Era muy alto y no había ningún lugar del cual sostenerse.

— ¿Cómo se supone que haremos eso?

—Escalando —se acercó más a la roca y comenzó a pasar su mano sobre ella— hay pequeñas grietas que nos servirán de soporte. Tendrás que colocar tus manos y pies en cada una de ellas.

—No voy a hacer eso —me apresuré a decir.

—Huilen —me miró— es la única forma de seguir con el camino.

—Debe de haber otro.

— ¿Ves a Kat ir por otro lado?

No había ningún rastro de ella. Seguramente nos estaba esperando arriba. Pero sea como fuere, yo no quería subir. Se veía demasiado peligroso, además, jamás en mi vida había hecho algo como aquello. ¿Quién me aseguraba que no iba a caer y morir antes de siquiera llegar a la mitad?

—Huilen subimos a una montaña. En algún punto tendríamos que hacer algo como esto.

Obviamente era la cosa más natural, pero yo no había pensado en eso en ningún momento. Realmente solo había visualizado caminatas en subida. ¡Qué ingenua!

—Estaremos bien —me aseguró— yo estaré contigo.

Lo miré y asentí. Una parte de mí quería ponerse a llorar. Por miedo y por estúpida. No obstante, él tenía razón. Teníamos que hacerlo.

—Vas a seguir cada uno de mis pasos ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Si en algún punto sientes que vas a caer, Solo sujétate con fuerza y avísame.

Asentí de nuevo y lo miré esperando que empezara. Recorrió con las manos una parte de la roca. Mientras lo hacía murmuraba cosas para sí mismo que me eran imposibles de identificar.

—Por aquí —dijo después de un momento —Recuerda aferrarte a las pequeñas grietas. Asegura bien tus manos antes de mover las piernas. Una siempre debe de quedar arriba de la otra.

—De acuerdo.

Me dedicó una mirada antes de darse la vuelta y comenzar a subir. Yo tuve que tomar múltiples respiraciones para calmarme. El pánico definitivamente no sería de utilidad.

Cuando estuvo lo suficientemente arriba como para darme espacio se detuvo y bajó la mirada.

—Asegúrate de pisar en dónde yo lo haga.

Miré con atención cada uno de sus movimientos y cuando fue mi turno comencé a moverme. Era una superficie muy dura e incómoda. Me parecía casi imposible pensar que aquella roca me daría estabilidad. Pero así lo era. Las

grietas, aunque diminutas y rasposas, me dejaban el espacio perfecto para que los dedos de mis manos se aferraran. Con los pies ocurrió lo mismo, aunque debo admitir que me costó un gran esfuerzo mantener el peso de todo mi cuerpo cuando me separé del piso.

Aquella fue seguramente la experiencia más dura de toda mi vida. Cada paso que daba era un tremendo esfuerzo, además, mis manos comenzaban a sudar y a doler.

Jonás se movía con esfuerzo pero con maestría. Ya había hecho cosas como estas en el pasado. Cada cierto tiempo me gritaba alguna instrucción. Yo solo asentía y me aseguraba de dar el siguiente movimiento. El viento frío azotaba mi rostro, pero en lugar de congelarme, producía que las oleadas de pánico se acrecentaran en mi interior.

En un intento de mantener la calma, bajé la mirada. No debí hacerlo jamás. La altura era mucho más grande de lo que yo había imaginado. No sé si íbamos a mitad del camino, pero tenía la seguridad de que cualquier caída sería mortal.

—No puedo —le grité a Jonás.

—Claro que puedes.

—No puedo, Jonás. Quiero irme —las lágrimas brotaron de mis ojos —de verdad quiero bajar.

Jonás tardó unos minutos en responder. Dejó de moverse y parecía que estaba pensando qué hacer.

—Si bajamos tendremos que regresar ¿Estás segura de querer volver a la tribu?

—Sabes muy bien que no.

—Entonces tienes que resistir, Huilén.

—No puedo —ahora el llanto corría libremente—
No soy tan fuerte.

—Claro que lo eres. Hiciste un arco ¿Lo olvidas?

—Eso es una habilidad. No fuerza.

—La inteligencia es fuerza... ¿No es a ti a quién se dirigen los espíritus? ¿Tienes idea de la fuerza que se debe de tener para eso? Ninguna otra persona de la aldea puede hacerlo. Solo tú.

—Ni siquiera logro entender qué quieren.

—Pero los escuchas. Eso es demasiado.

No respondí aquello.

—Te diré una cosa —dio un paso más hacia arriba— podemos bajar y regresar a nuestras vidas miserables, o subir e intentar conseguir algo mejor.

—Eventualmente tendremos que volver.

—Pero la manera en que lo hagamos será diferente. Si llegamos a la cima podremos ser libres. Si regresamos ahora te enviarán con los alpenas...y posiblemente a mí me maten.

—No quiero que mueras.

—Yo tampoco —dio otro paso hacia arriba— por eso debemos seguir.

Sentía como mis manos y piernas temblaban. No sabía si tendría la fuerza para continuar, pero Jo-

nás me presionaba para hacerlo.

—Te prometo que lo vamos a lograr.

Al escucharlo di otro paso. Jonás mi miraba desde su posición. No estoy segura pero creo que estaba sonriendo.

—¿Quieres hablar? A mí me ayuda cuando tengo miedo.

—No tengo miedo —era mentira, pero servía para llevarle la contraria.

—Claro que lo tienes, pequeña mentirosa —se burló— tienes tanto miedo que un horrible alpena te parece mejor plan que este.

—Un alpena siempre será una mejor opción antes que tu compañía.

—Y sin embargo me seguiste voluntariamente... ¿Estás segura de que en el fondo no quieres ser mi esposa?

—Eso quisieras —respondí mientras daba otro paso— una vida a tu lado seguramente será igual que esto.

—¿En las alturas?

—Una experiencia cercana a la muerte.

—Pero una experiencia increíblemente fascinante. Dimos varios pasos y, sin darme cuenta, avanzamos mucho más rápido de lo que lo habíamos hecho hasta ahora.

—La verdad, Huilén, es que llegado este punto no creo que sea tan malo casarme contigo.

Sentí una punzada en mi interior que no supe si atribuir al miedo o al comentario.

Continuamos el camino entre bromas y antes de que me diera cuenta ya estábamos en la cima de la roca.

—Ves —me dijo de pronto— te dije que lo ibas a lograr.

Cuando llegamos a la cima, Kat nos esperaba en su forma humana.

—Me alegra que estén aquí —sacó sus manos de detrás de su espalda y nos mostró unas flores de color rojizo que jamás había visto.

—Esta es la flor de alée. Solo crece a los pies de estas montañas. Los mantendrá calientes y les dará fuerza durante todo el viaje. Si quieren descansen un poco mientras les enseño como prepararla.

Jonás y yo no pusimos ningún tipo de objeción y nos dejamos caer en el piso. Mi cuerpo estaba tan acalambrado y adolorido que sentía que me podía quedar eternamente acostada en aquel lugar.

Kat se acercó a nosotros y tomó una de las cantimploras con agua y un par de piedras que habíamos subido para hacer fuego. Unos minutos después un aroma delicioso inundó el lugar.

—Solo tienen que dejar hervir tres pétalos de la flor. Un poco del té en las mañanas y otro poco en las noches les permitirá recuperar fuerzas y entrar en calor.

Se acercó de nuevo a nosotros y nos entregó la cantimplora. Yo fui la primera en beber. Aquel líquido era delicioso. Era dulce, pero no empalagoso y, después de tragarlo, dejaba una sensación

cálida y seca en la boca que se expandía por todo el cuerpo.

—Deliciosa —dije mientras se lo pasaba a Jonás.

—Mientras más arriba estemos, más los afectará el frío. Del mismo modo, si se les llegase a acabar la comida, la flor de alée los mantendrá con fuerzas durante un tiempo.

—Quieres —preguntó Jonás.

—No gracias —respondió la dama blanca— los espíritus no necesitamos comer tanto como ustedes.

—¿Pero sí lo hacen? —ahora fui yo quien preguntó.

—Lo hacemos igual que muchas otras cosas que también hacen ustedes. Somos mitad humanos después de todo —dijo mientras apretaba sus dos manos delante de ella— solo que no necesitamos hacerlo con la misma urgencia que ustedes.

—¿Ustedes están vivos? —preguntó Jonás.

—Perfectamente. Nuestra alma este dividida, una pertenece al espíritu y otra a quien somos. El espíritu nos da la fuerza de la que carece el alma mortal. Ambos asentimos ante la explicación. Realmente era muy diferente a todo lo que habíamos pensado o escuchado en el pasado.

—¿Están listos para continuar?

—Sí —respondimos al mismo tiempo.

—Bien, partamos. Todavía queda un buen trecho que recorrer antes de que caiga la noche.

No había ninguna nube en el cielo y la luz del sol se reflejaba sobre la nieve de una manera tan intensa que hacía que brillase. Parecía como si cientos de diamantes descansaran sobre el piso. Era todo un espectáculo.

La mujer, quien permanecía con su rostro cubierto, nos guio por una especie de sendero delimitado por la nieve.

— ¿Tienes frío? —le preguntó a Jonás.

—No.

—Tu capa no parece abrigar demasiado.

— ¿Y tú tienes frío? —Jonás me miró a mí

—Ella no tiene porque el cristal la mantiene caliente —Kat respondió por mí y yo no pude más que asentir.

Jonás me miró unos segundos pero rápidamente se encogió de hombros.

—Ten esto —Kat se retiró la capa de su espalda y se la entregó— no la necesito, mi vestido es más que suficiente.

— ¿Estás segura? —claramente no le parecía correcto quitarle la capa a una mujer a mitad de aquel gélido escenario.

—Te lo dije, mi vestido es más que suficiente. Por favor tómala.

Jonás dudo un poco, pero la brisa era tan fuerte que rápidamente la tomó y la acomodó sobre sus hombros.

—Gracias.

La dama le guiñó un ojo y continuó con su camino.

— ¿Puedo preguntarte algo? —dijo de pronto sin siquiera mirarlo.

—Desde luego.

— ¿Por qué aceptaste subir aquí?

— Pensé que lo sabías —le respondió. Yo me limité escucharlos con atención.

—Sé que fue idea de Alék, pero me parece que eres un hombre lo suficientemente inteligente como para saber que algo es una mala idea.

—Ofendió la memoria de mi madre. Eso no le permitiré jamás —la miró— me aseguraré de que se trague sus palabras.

—Comprendo —asintió— ¿Pero de verdad lo haces por la memoria de tu madre?

—Alék tiene que aprender que hay límites que no se pueden cruzar.

—Pues ustedes dos también deberían aprender esa lección.

—No estamos haciendo nada malo —protestó él.

—Huilén vino gracias a su curiosidad, puedo comprenderlo. Pero tienes que entender, querida

—me miraba ahora— que la curiosidad no es precisamente la virtud más segura para la vida. No

obstante, no me atrevería nunca a juzgarte...Y tú Jonás...tendrás que aprender a no tomar a las demás personas tan en serio. Me preocupa que para la siguiente apuesta aceptes saltar de un risco.

Sabía que él quería responderle. Lo veía en su rostro y estoy segura de que si no lo hacía era porque no tenía las palabras apropiadas para hacerlo.

— ¿Conoces la canción? —pregunté en un intento de zafarlo de aquella discusión.

—Todos los espíritus la conocen. Es algo que nos une.

— ¿Y por qué yo la escucho? —la miré con interés.

—Hay personas cuyas almas están más conectadas con la gran magia que otras. Son pocas, pero existen...dime ¿alguna vez quisiste ser chamán?

—Todo el tiempo —Jonás respondió por mí.

—Es normal. Sientes el llamado de la magia. Tienes que seguirlo.

—Ni mi padre ni mi hermano permitirían tal cosa.

—Ni tu padre ni tu hermano son dueños de tu vida. Bajé la mirada ante aquel comentario. Me dejaba un sinsabor en la boca.

El resto de la caminata transcurrió en silencio. A medida que avanzábamos, el sendero dejaba de verse pues había sido cubierto por una gigantesca capa de nieve cada vez más espesa. Las rocas, altas y puntiagudas, delimitaban la ruta. No importaba hacia donde mirara, solo había kilómetros y kilómetros blancos.

La neblina comenzó a cubrir el lugar, y rápidamente el cielo azul desapareció detrás de múltiples nubes grises.

— ¿Ven el camino señalado por aquellas piedras?

—Kat señaló hacia la izquierda, en donde pequeñas piedras circulares sobresalían del piso como lo harían en un río cualquiera.

Jonás asintió.

—Tendrán que seguirlo durante un rato. Asegúrense siempre se seguir hacia adelante.

— ¿A dónde irás? —le pregunté

—Volaré un rato...si me necesitan solo tienen que llamarme.

Asentimos e inmediatamente vimos como Kat se convertía en águila e iniciaba su vuelo sobre nuestras cabezas. El movimiento de las alas sonaba tan fuerte que casi podía igualarse con los truenos en una tormenta. Rápidamente el animal ascendió hasta lo más alto y se perdió entre la oscuridad de las nubes.

Durante un minuto me pregunté si nos había dejado totalmente solos, pero sea cual fuera la respuesta a aquella interrogante, preferí seguir caminado. Tomamos la ruta de la izquierda y seguimos las pequeñas piedras del camino. Jonás saltaba entre los espacios de cada una, pues le gustaba la sensación de sus pies enterrándose en la nieve. Decía que le recordaba cuando años atrás se esca-

paba de la mirada de Amaru para jugar conmigo cerca del río.

Estuve tentada a imitarlo, pero antes de que diera el primer paso algo atrajo mi atención.

El collar comenzó a tonarse más caliente y cuando bajé la mirada y vi que este brillaba igual que lo había hecho en la noche cerca del río. Algo lo había despertado. Comencé a buscar con la mirada cuál podría ser la causa de aquella acción, fue entonces cuando me percaté de las piedras que se levantaban a un lado de nuestro sendero.

Unas eran más altas que otras, pero por la posición que tenían, parecían guerreros a la espera de un ataque. Adicionalmente, estas piedras estaban grabadas por diferentes símbolos que brillaban con el tono azul que ya antes había visto en el bosque. Me acerqué a ellas y me fijé en que algunas tenían dos líneas unidas en forma de techo, otras parecían animales del bosque y otras representaban a la lluvia, o al menos algo parecido pues eran muchas líneas rectas que caían una detrás de la otra.

Me entretuve mirando las formas que estaban en cada una. Había piedras que no tenían nada grabado, pero sucedía que estaban tan cerca de otras piedras que ellas mismas formaban figuras. Algunas parecían simples arcos, pero otras solo podían compararse con el cuerpo de los animales

que vivían en los bosques, especialmente los osos y cóndores.

—¿Huilen? —me llamó Jonás mientras se acercaba a mí.

—Estás marcas —le respondí sin mirarlo— son similares a las que estaban en la roca del río.

—¿Estás segura? —se paró a mi lado.

—Este es el mismo brillo que vi aquella noche, Jonás. Él me miro e inmediatamente se percató del cristal en mi cuello.

—¿Eso también pasó?

Asentí.

—No me hace daño —me apresuré a agregar— pero por alguna razón la energía de estas marcas se conecta con el cristal.

—Tiene sentido —dijo él— después de todo Kat dijo que le pertenecía.

—Lo sé...—regresé la mirada a las marcas— solo me gustaría entender lo que dicen.

—Pues pregúntale...estoy seguro de que te explicará...No obstante —se alejó un poco en dirección al sendero— me parece que es mejor continuar con la ruta. No queremos que nos agarre la noche.

Estuve de acuerdo y tras dedicarle una última mirada a las piedras, continué con el camino. Instintivamente bajé la mano hasta el *siku* en mi cadera y lo sostuve con fuerza. Tocar lo me daba seguridad.

Pensé en comentarle aquello a Jonás pero al verlo me di cuenta de que él iba perdido en sus pensamientos.

— ¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —aseguró rápidamente.

—Pero algo te preocupa ¿qué es?

—No es nada...—suspiró y bajó la mirada— es solo qué...no puedo dejar de pensar que este es el mismo lugar en el cual murió mi madre.

No podía creer que en ningún momento había pensado en aquello. Todos en la aldea conocíamos la historia de la madre de Jonás. Incluso el viejo Jonás nos la había relatado en persona hacia menos de un año.

—Lo lamento.

—No tienes por qué...nadie tuvo la culpa de lo que pasó.

—Podrías preguntarle a Kat por ella. Seguramente la recuerda.

— ¿Crees que me lo contará?

—No veo porque no.

Seramente pensé en decir alguna otra cosa, pero no sabía qué. Por esto preferí continuar con el camino y esperar a que fuera él quien retomara la conversación.

A medida que avanzábamos el frío se hacía más intenso. La manta de Kat protegía a Jonás, pero no estaba segura de que lo haría mientras más ascendiéramos. Eventualmente nos deteníamos para beber de la flor de alée, aunque cuando esta se acabó, no encontramos manera de preparar más para calentarnos. Teníamos flores, pero la brisa hacía imposible encender fuego para derretir nieve y preparar la infusión.

Kat tampoco nos acompañó durante un largo trecho. Jonás siguió el camino absorto en sus pensamientos hasta que casi terminaba de caer el ocaso. Cuando el cielo comenzó a hacerse oscuro, el águila descendió y aterrizó a nuestro lado con la forma de Kat.

— ¿Ven aquel lugar? —señaló hacia una especie de cueva— Es el puente que conecta ambas partes de la montaña. Del otro lado, estarán solo a un día de *Aquilae nidum*.

— ¿Es un camino peligroso?

—Para la mayoría. El cristal que Huilén trae en el cuello les abrirá el paso. Solo asegúrense de ir tomados de la mano. El poder los cubrirá a los dos. Dicho esto, Kat inició el camino y ambos la seguimos. La gruta estaba mucho más lejos de lo que había cal-

culado. Cuando llegamos a esta, nos topamos con que era totalmente diferente a lo que teníamos en mente. La cueva estaba iluminada con una luz azul, tenue y pura, que nos invitaba a explorar su interior. El reflejo azulado acariciaba la nieve con la misma delicadeza con la que el agua besa a la tierra.

—Podrán descansar aquí en la entrada, pero les recomiendo esperar hasta que salga el sol para internarse en ella. El frío durante la noche es muy fuerte y los cristales solo empeoran la situación. Caminamos hasta la entrada y al llegar deje caer mi bolsa en suelo y me viré hacia Kat.

—¿Crees que puedas ayudarme con esto? —saqué la cantimplora de la bolsa y se la entregué.

Ella la tomó y extendió la otra mano a Jonás quien lo interpretó como la solicitud de que le entregará la bolsa con el resto de las cosas. Así lo hizo, y un minuto después Kat estaba de rodillas en el piso preparando la infusión.

—¿Cómo puedes crear fuego aquí arriba? —la miró con curiosidad— Nosotros no pudimos. Lo intentamos varias veces.

—Las montañas son muy celosas. Me permiten hacer lo que quiera porque confían en mí. Saben que nada de lo que hago aquí arriba es para dañarlas.

—Intentar sobrevivir no es un plan para dañarlas.

—Lo sé —levantó la mirada— hay cosas que simplemente no les permiten a los mortales.

Jonás asintió. Evidentemente aquel no era un lugar para cualquier persona.

—¿Algún día las montañas confiaran en nosotros?

—preguntó.

—Eso depende del tiempo que pasen aquí —sirvió la infusión en la cantimplora y se la entregó.

—¿Tú eres feliz aquí? —le pregunté.

—Algunas veces —se acomodó a en el piso junto al fuego— aunque no te negaré que deseo volver a ser humana.

—¿Cómo era tu vida?

—Fui una mujer de la aldea y me temo que con una vida completamente infeliz —suspiró— ya sabes cómo es la vida en allí... todo puede volverse increíblemente monótono. Solía soñar con escaparme, pero me obligaron a ser la mujer de uno de los guerreros y él no estaba muy feliz con mi manera de ser.

—Pero ahora eres libre —respondió Jonás mientras yo procesaba las palabras de nuestra compañera.

—Lo soy —asintió— pero no como me gustaría.

—¿Cómo te hubiese gustado?

—La verdad —suspiró y lo miró— me hubiese gustado compartir esta libertad con el hombre que amaba —bajó la mirada— lo conocí mucho después de estar casada, así que claramente era una situación complicada... Para cuando pensé que podría estar con él, me convertí en águila y toda posibilidad se vio perdida...

—No parece tan malo este lugar —continuó Jonás mirando el paisaje a su alrededor.

—Tiene sus bondades, aunque definitivamente, es un lugar al cual amas o al cual odias.

Jonás terminó de dar otro sorbo a la infusión y me la entregó. No me sorprendió darme cuenta de que estaba prácticamente llena. Mientras bebía me concentré en el lugar que nos rodeaba y en las palabras de Kat. Claro que entendía su punto, pero la verdad es que yo hubiese preferido quedarme en aquellas montañas antes de regresar de nuevo a nuestra aldea.

Kat no solamente nos preparó el té. También sacó parte de nuestra comida de la bolsa y la calentó. No conversamos mucho en aquel momento, pero su amabilidad nos reconfortaba de una manera que las palabras seguramente no podrían.

Cuando terminamos de cenar se disculpó y dijo que nos vería el día siguiente, aunque antes de irse nos hizo prometer que no nos moveríamos de aquel lugar.

Así lo hicimos y cuando la noche nos cubrió por completo entendimos que no morir congelados nos mantendría ocupados durante todo el rato.

—No es precisamente el clima más agradable —bramó Jonás.

Era cierto, ni siquiera el cristal lograba minimizar por completo las bajas temperaturas.

—Ten —le dije mientras me quitaba el collar y lo ponía en su cuello.

—No.

—Shhh —lo reprendí— tenemos que sobrevivir al frío. Podemos turnarnos durante la noche. Yo ya lo tuve todos estos días.

No parecía estar convencido, pero el calor que sintió una vez que lo tuvo hizo que dejara de replicar y, en su lugar, me abrió un brazo indicándome que me acercara.

—Así podremos mantener el calor para los dos. Me acomodé entre sus brazos mientras el desplegaba la capa de Kat sobre los dos. Esta era ancha y cálida.

—Este lugar sería verdaderamente hermoso si no hiciera tanto frío —comenté.

La cueva desprendía un brillo azulado que me hacía sentir como si estuviéramos en otro mundo. Era un brillo similar al del río, aunque no era tan intenso. Del mismo modo, la forma que tenía la apertura de la gruta nos permitía ver a la perfección el cielo nocturno. Aquella noche no había neblina y las estrellas en el firmamento recreaban montones de imágenes que podríamos intentar distinguir durante toda la noche.

—Aunque tienes que reconocer que no está tan fuerte como afuera.

—Ciertamente.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo mientras decía aquello y Jonás no hizo más que reír y apretarme más contra él.

—Gracias —dijo de pronto.

—¿Por qué?

—Por venir conmigo...no sé si lo hubiese logrado sin ti.

—Estoy segura de que lo ibas a lograr sin mí —me volteé un poco para verlo— eres el hombre más fuerte que he conocido.

—Lo soy —reconoció— pero ni Gorram ni Kat acudieron por mí...Lo hicieron por ti.

El sonido de las llamas del fuego fungía como la melodía perfecta para las palabras que decía.

—Deberías pedirle a Jonás que te entrene como chamán.

—Sabes muy bien que no puedo —bajé la mirada.

—Pero eso te hace feliz.

—Sí me hace feliz —reconocí— aunque no sé si permanecer en la tribu lo haga...Nunca me verán con buenos ojos.

—No estoy tan seguro...

—Si no doy grandes guerreros que sean tus hijos, por le menos tengo que ser la moneda que una a las tribus Papau y Alpena...eso es lo que esperan todos.

Me observó fijamente durante unos segundos y, después de soltar un suspiro, agregó:

—No creo que tengas que prestar atención a lo

que esperan los demás... después de todo, estás consciente que cuando regreses no te volverán a ver con buenos ojos...

Asentí. Aquello era cierto.

—No obstante...te prometo que jamás interferiré en lo que te haga feliz.

—¿Quieres una esposa chamán?

—Quiero una esposa feliz —aseguró— además, no negaré que eso de las luces y los espíritus es bastante interesante.

—Es lo primero que le enseñaré a nuestros hijos.

—Y a fabricar arcos...tienen que fabricar arcos.

—Serán los mejores —me reí pensando en nuestro hijo todavía inexistente.

Ambos guardamos silencio durante un rato. Él regresó a sus pensamientos mientras que yo me centré en las llamas delante de nosotros.

—¿Te sientes mejor? —le pregunté. Él sabía perfectamente a qué me refería.

—Un poco —aseguró— aunque no negaré que no he logrado sacarme a mis padres de la cabeza... Konan...él —suspiró— él jamás me hablo sobre mi madre. Antes solía preguntar, pero era severamente castigado...claro que mi abuela y Jonás me han hablado de ella, pero solía pensar que ninguno la conocía como pudo hacerlo él...era su esposa después de todo.

—No creo que su relación sea motivo para cono-

cerse del todo. Mis padres jamás lo hicieron.

—Tú y yo lo hacemos.

—Eso es porque tú y yo somos amigos. Un amigo puede ser más valioso que una pareja.

—Una pareja puede ser valiosa si también es tu amiga.

—Supongo entonces que tenemos mucha suerte —dije lo último mientras dejaba caer la cabeza contra su hombro.

—La tenemos —me apretó de nuevo— de verdad la tenemos.

Seguimos conversando hasta que nos venció el sueño y, por primera vez en mucho tiempo, logré dormir hasta el día siguiente.

Cuando nos despertamos ambos estábamos acostados sobre una fina capa de hielo. Me sorprendí al verlo y más al pensar en que pudimos habernos congelado mientras dormíamos.

—Buenos días —me saludó Jonás mientras me entregaba el cristal.

—Buenos días —respondí colocándomelo— dormí mejor de lo que había previsto.

—Pues en ese caso, somos dos.

Abrí la boca para decir algo, pero la repentina llegada de Kat me interrumpió.

—Buenos días a los dos ¿Están listos?

—Eso creo —aseguré.

—Qué bueno. Tenemos que darnos prisa. El equinoccio se acerca y no queremos que nos agarre en este lugar.

—Ya deben estar iniciando las celebraciones en la tribu...—dijo Jonás— mi abuela dice que son para honrar a los espíritus y pedirles que nos protejan.

—Nosotros los protegeremos con o sin rituales —nos miró— aunque no negaré que me honran al hacer las fiestas... En fin, será mejor que partamos.

Dicho aquello, ambos nos incorporamos con más energía de la que teníamos prevista y comenzamos a movernos.

Kat no se detenía. Jonás y yo, por nuestra parte, nos tomamos un momento para contemplar aquel magnífico interior. Los carámbanos de hielo levitaban sobre nuestras cabezas, conectados por ese brillo opalino que me erizaba los pelos de la piel. El piso estaba cubierto de nieve, pero solo en el centro pues la piedra de los costados se hacía una con la de las paredes. Sobre aquellas había gradabas un sinnúmero de imágenes con líneas de hielo del mismo tono azulado que tenían los carámbanos. Me quedé maravillada con las figuras de las paredes. Eran animales, hombres y símbolos que me resultaban desconocidos.

—Es la historia de nuestro mundo —habló Kat— los primeros hombres, que vivieron mucho antes de que nuestra tribu existiera, llegaron a estas montañas y grabaron las paredes para con ellas honrar a los grandes espíritus.

Kat se acercó a una de las paredes y la tocó.

—Estas de aquí —señaló a un grupo que parecía representar a hombres y mujeres— son los primeros pobladores —deslizó el dedo hacia las formas del oso y del cóndor— vivían en total estado salvaje, como los animales con los que compartían la tierra y el cielo. Hay quienes afirman que hicieron actos terribles que enojaron a los dioses y estos decidieron que era mejor limpiar al mundo de aquella presencia tan oscura —deslizó de nuevo el

dedo, esta vez hasta la forma de un águila— pero los grandes espíritus, conmovidos por las virtudes de esto seres, intervinieron.

Se alejó de la pared y caminó hasta un carámbano de hielo de gran tamaño que dividía a la cueva en dos.

—Fue entonces cuando se levantaron las montañas. Ellas contuvieron el castigo de los dioses y brindaron la lección más grande de humildad a aquellos pobladores, quienes se comprometieron a recordar eternamente cómo por poco perdieron todo.

Jonás se detuvo delante del carámbano y vio como en este se encontraban grabadas las formas de las montañas. Se quedó totalmente helado delante de aquella imagen y al acercarme a él lo comprendí. La precisión con la que habían hecho los grabados y el brillo que desprendían me dejaron sin habla.

— ¿Por qué brilla? —pregunté

—Fueron un regalo para los espíritus. Todo lo que les pertenece lo hace...—me miró— incluso yo lo hago —señaló su cinturón. Este desprendía la misma luz que el resto de la cueva.

— ¿Eres propiedad de los espíritus? —preguntó Jonás

—De los dioses diría yo —Kat respondió.

Aquello era toda una revelación. Jamás había escuchado que los espíritus fueran propiedad de alguien.

— ¿Por qué?

—Tomé una decisión y tuve que pagar el costo...

todo en esta vida tiene uno.

Jonás suspiró. El tono con el que hablaba Kat revelaba tristeza y por primera vez caí en cuenta de que nuestra compañera estaba atada a aquellas montañas de una forma que todavía no podía comprender del todo.

—Es un castigo...—comentó él.

—Depende de cómo lo veas —se acercó más a él y tomó su mano— Ven. Tienen que hacer algo para poder continuar por esta ruta.

Sentí como mi estómago se contraía al ver aquella acción, pero preferí ignorarla y seguirlos.

Nos guio hasta las profundidades de la cueva. A medida que avanzábamos las paredes se hacían más estrechas y el hielo que nos rodeaba se multiplicaba. El lugar se hacía más brillante, pero ahora no solo brillaba con destellos opalinos, ahora el violeta, el rosa y el naranja también se hacían presentes. Brillando con tanta intensidad que las mismas estrellas sentirían envidia de aquel espectáculo.

Finalmente, Kat se detuvo delante de tres carámbanos de gran tamaño que bloqueaban el camino.

—Esta es la cueva de los espejos. Para poder continuar, tienen que derribar al carámbano correcto.

—¿A qué te refieres? —Jonás la miró confundido.

—Todos son iguales, pero solo uno los llevará hasta el otro lado. Los demás se encargan de mantener este lugar de pie. Si derriban el equivocado, posible-

mente la cueva caerá sobre sus cabezas y morirán.

— ¿Y cómo se supone que sabremos cuál es el correcto? —Jonás se acercó a mi lado.

—La respuesta la trae Huilén en su cuello.

Apreté el collar apenas la escuché.

—No está brillando —respondí.

—No tiene que hacerlo...—ahora fue ella quien se acercó a mí— conoces la canción del bosque. Deja que sea ella quien te guíe.

Dicho aquello se convirtió de nuevo en águila y voló hasta un rincón en donde cerró los ojos.

—No estoy escuchando nada —me volví hacia Jonás.

—No te asustes —me respondió— acércate lentamente. Yo estoy aquí contigo.

Tragué saliva. Evidentemente me ponía nerviosa la posibilidad de que toda la cueva cayera sobre nuestras cabezas.

Suspiré con fuerza y me acerqué a los carámbanos. Todos desprendían brillos diferentes. Uno era naranja, el siguiente rosa y el último violeta. Una estela de energía recorría el interior de cada uno, pero ninguno cantaba.

Me acerqué lo más que pude, pero nada. Llevé la mano hasta mi cristal, pero este tampoco parecía cantar. Fue entonces cuando decidí tocarlos. Escuché un gemido salir de los labios de Jonás, pero preferí ignorarlo. Necesitaba tocarlos. Los dos primeros estaban tan helados como la lógica

esperaba, pero el tercero fue diferente.

El brillo violeta se mantuvo igual, pero al ver en su interior, caí en cuenta de que la estela comenzaba a moverse más rápido. Un acogedor calor se esparció por todo mi cuerpo y, si bien no logré escuchar nada, sentí como algo vibraba dentro de mí. Era aquel.

Me volví hacia Jonás y asentí. Él se acercó, pero antes de que llegara empujé el carámbano con ambas manos y vi como este caía al suelo y se partía a la mitad. El camino ahora estaba despejado.

—Genial —aseguró.

Yo solo me encogí de hombros. No podía formular ninguna palabra después de aquella sensación. Jonás entonces me tomó de la mano y juntos comenzamos a caminar hacia la salida. Al igual que la entrada, las paredes estaban repletas de grabados brillantes. Grabados que intuí narraban la historia de las montañas. Nos detuvimos delante de uno en particular. Era una figura humana con un águila en pleno vuelo sobre su cabeza. Tanto el águila como la persona compartían una mirada azul y cristalina, una mirada igual a la de Kat.

Sentí como mi garganta se secaba y por primera vez me pregunté por la historia que había detrás de nuestra guía.

Al llegar al otro lado de la cueva, todo estaba oscuro. No era de noche, pero las nubes grises impedían ver la posición en la que estaba el sol. A unos metros se encontraba Kat de espaldas con los brazos extendidos y con el manto volando libremente.

Caminamos hasta ella. No estaba segura de si debíamos interrumpirla, pero Kat debió de escuchar nuestros pasos pues antes de que llegáramos a su lado, bajó los brazos y acomodó el manto en su cabeza.

—Lo lograron —dijo mientras se viraba hacia nosotros.

—Fue extraño —reconocí.

—Las cosas de los espíritus son extrañas —respondió y se fijó en Jonás— ¿tú estás bien?

—Confundido, pero bien... esa cueva es impresionante.

—Lo es.

—Dijiste que los primeros pobladores hicieron esos grabados —comenzó él— ¿ya otras personas subieron hasta aquí?

—Algunas personas lo han logrado... No han sido muchas, y la mayoría ya está muerta...

Kat se dio la vuelta y comenzó a caminar, indicán-

donos así de que era momento de continuar.

—Verán, hace cientos de años, los hombres no estaban divididos en las tribus que conocemos hoy en día. Era una sola gran aldea que vivía a los pies de la montaña. Cuando estás aparecieron, un grupo se aventuró a subir y, si bien no todos sobrevivieron a la travesía, los demás descubrieron la magia que habita en este lugar.

Se volvió hacia mí y señaló el cristal.

—Cuando llegaron a la cueva y vieron el brillo de los cristales, entendieron que estaban ante la presencia de un lugar sagrado. Un santuario de los grandes espíritus. Aquellos pobladores conocieron al primer espíritu del águila y, después de una conversación que nadie conoce, los hombres realizaron los grabados de las piedras y regresaron a la aldea en donde se encargaron de dividirla para llevar a las nuevas tribus a otro lugar.

— ¿Está prohibido vivir cerca de los espíritus? —pregunté.

—En lo absoluto. Lo que pasa es que hay lugares que jamás deben ser tocados por los humanos. Solo así podrán permanecer a salvo ¿entiendes?

—Por supuesto que lo hago —aseguré recordando las muchas veces que vi a mi hermano y a sus compañeros cazando animales solo por diversión.

— ¿Y alguien más lo ha intentado? —volvió a insistir Jonás.

—Muchos otros han subido... no son demasiados.

—¿Conociste a mi mamá?

Kat de nuevo lo miró y asintió.

—¿Cómo era ella?

—Ella era —suspiró— muy parecida a ti. Cuando llegó a las montañas estaba tan confundida como tú. Estaba embarazada.

—¿Estaba escapando?

Kat asintió.

—No me sorprende. Mi padre no era un buen hombre.

—Lo fue una vez —aseguró— pero la guerra lo corrompió. Tu madre, Catlali, no era feliz a su lado y en cuanto supo que estaba embarazada escapó. No quería que crecieras con él.

Jonás la miraba con curiosidad. Amaru siempre le había platicado sobre su madre, pero esta era la primera vez que escuchaba algo que lo involucraba a él también.

—Cuando llegó a las montañas, tu padre la había descubierto, así que no tuvo más opción que subir. Era el único lugar en donde podría estar a salvo... Yo pensé que, al ser una mujer fuerte, podría soportar el viaje contigo adentro y sí lo hizo, pero se debilitó demasiado...afortunadamente, Jonás, un extranjero, estaba aquí y la ayudó con el resto del embarazo.

—Él dijo que me encontró cuando ella estaba al borde de la muerte.

—Es más o menos cierto —ladeó la cabeza— Se conocieron a los pies de la montaña y subieron juntos. Él se quedó a su lado, pero mientras más avanzaba su embarazo, más débil se tornaba. Para el momento en el que naciste, ella ya no podía ni con su alma. Y yo no podía cuidarte pues simplemente no pertenecías a este lugar. Ninguno lo hacía. Por eso Jonás te sacó de aquí.

Jonás bajó la mirada y yo sentí una punzada en mi estómago.

—Si no se hubiese embarazado, seguramente no hubiese muerto.

—Iba a morir igual. Contigo o sin ti —Kat colocó una mano sobre su hombro— creo que esos meses en los que escapó contigo, fueron los meses en lo que se sintió más viva.

—Pero estaba muriendo.

—Lo cual es bastante irónico —soltó una pequeña risa— pero es verdad.

—Me gustaría hablar con ella —reconoció.

—Puedes hacerlo —aseguró— ahora esta con los espíritus.

—Supongo que sí...aunque no es a lo que me refiero.

Kat suspiró y lo soltó.

—Por lo menos es algo.

Continuamos en silencio. Después de aquella conversación el clima se había vuelto tenso. El cielo se hizo más oscuro y el viento silbaba con fuerza a nuestro alrededor. Mi cabello no dejaba de pegarse sobre mi cara y la verdad es que di gracias de tener el collar en el cuello pues el frío debía de ser insoportable.

No había terminado de formular aquel pensamiento cuando me fije en Jonás. Él no dejaba de temblar. No pude evitar sentirme egoísta y me quité el collar y se lo entregué.

—No lo necesito por ahora —dijo.

—Yo creo que sí.

Me miró a los ojos durante unos segundos, pero rápidamente asintió y se lo colocó. El cambio fue evidente. Se relajó y yo inmediatamente comencé a temblar.

—Tenemos que mantener el paso, muchachos —nos habló Kat— tendremos una tormenta en cualquier momento y necesitamos llegar al puente.

—¿Qué puente? —pregunté.

—Le dicen el Puente del Ciego. Conecta a la montaña con Aquilae nidum.

Después de eso aceleramos el paso. El frío era demasiado fuerte. A pesar de que Jonás me ha-

bía pasado el manto de Kat no dejaba de temblar. Sentía como todos mis dedos se entumecían y como mis pies ardían. Era contradictorio pensar que podía quemarme al tener contacto con el hielo, pero era cierto. Mientras más arriba estábamos, más me lastimaba.

En aquel lugar no había nada que ver. Nieve y rocas cubiertas por más nieve. Ni siquiera podía ver a Jonás y a Kat con claridad. La tormenta, que cada vez nos alcanzaba con más fuerza, me lo impedía.

Hice hasta lo imposible por mantenerles el paso y, afortunadamente, unos metros más adelante, nos topamos con el lugar llamado el Puente del Ciego. —Caminen despacio y por nada del mundo dejen de ir hacia el frente.

El puente era en realidad un pedazo de piedra congelado. La nieve también lo había cubierto por completo, pero era sencillo ver que estaba en el medio de un precipicio.

Kat siguió hacia adelante sin siquiera voltear a vernos. Era tan estrecho que Jonás y yo tendríamos que ir uno delante del otro. Yo fui detrás.

Dimos pasos pequeños, no sabíamos que tan frágil podría ser la piedra. Kat parecía no preocuparse, pero naturalmente ella tenía alas que la salvarían del vacío.

No tuve mucho tiempo para perderme en mis pensamientos ya que unos segundos después de

poner los pies en el puente comprendí porque lo llamaban de aquella manera. Una espesa neblina descendió desde el cielo y nos cubrió por completo. No podía ver nada. Ni siquiera a Jonás que se suponía que estaba delante de mí.

—No puedo ver nada —comenté.

—Supongo que la tormenta está por comenzar —respondió Jonás.

—Es por la altura, muchachos —nos contentó Kat— después de cierto punto la nubes cubren todo el lugar... Solo asegúrense de ir lento y siempre derecho.

Así lo hicimos. Estuve tentada a tomar la mano de Jonás, pero no quería que se diera cuenta de que tenía miedo.

—Creo que esta será la parte más interesante de relatar a los niños de la aldea.

Normalmente Jonás me respondería, pero aquella vez no lo hizo. Me pareció muy extraño así que lo volví a intentar.

—Jonás —lo llamé.

Nada.

— ¡Kat! —llamé más fuerte.

Nada.

Una oleada de pánico comenzó a subir por todo mi cuerpo. Estiré el brazo para dar con Jonás, pero mi mano solo sintió aire delante de ella. Estaba sola.

— ¡Jonás! —grité— ¡Kat!

Era inútil. Comencé a experimentar las mismas sensaciones que tuve cuando escalé la montaña. Ganas de vomitar, pulso acelerado y el llanto a punto de explotar.

Miraba a todos lados, pero todo era gris. Sin cielo. Sin piso. Sin dirección.

Intenté calmarme y recordar las palabras de Kat. Seguir hacia adelante. Eso es lo que tenía que hacer. Comencé a caminar y entonces caí en cuenta de que no sabía hacia donde iba.

Me había movido tanto al buscar a mis compañeros que ya no sabía qué era hacia adelante y qué era hacia atrás. Comencé a hiperventilar así que decidí dejar de caminar. Cualquier paso en falso podría ser mi final.

Me agaché mientras tomaba aire. Estar cerca del piso podía calmarme.

En el bosque y más allá...

Aquella voz la conocía.

Una fuerza une a todo igual...

Era la voz de Édiwa. Estaba segura. Los espíritus me estaban ayudando. Me levanté lentamente para buscarla, pero todo seguía igual de blanco.

Todos pueden ver atrás...pero pocos lo entenderán.

Decidida a salir de aquel lugar, seguí el rastro de la melodía que me indicaba que fuera hacia la izquierda.

En el sendero está mi paz...

Caminé y caminé pero no la veía.

Y en el silencio la respuesta...

Comencé a ir más rápido. Quería salir cuanto antes.

Los demonios vencerás... es como la luz al fin saldrá.

Me detuve en seco al escuchar la última estrofa y lo hice porque en ese momento caí en cuenta de que no había piso bajo mis pies y ahora caía libremente al vacío.

Estaba flotando. Lo sabía. Sentía que podía moverme libremente y aunque tenía frío, resultaba soportable.

Poco a poco comencé a abrir los ojos y fue entonces cuando entendí que estaba dentro del agua.

Esta no brillaba. Solo era agua.

No sabía si podía moverme o si siquiera estaba viva, pero me sentía bien. Me sentía a salvo.

De repente la melodía del *siken* comenzó a sonar. Estaba delante de mí, pero yo no fui hasta él. No quería moverme.

La melodía se acercaba cada vez más y mientras lo hacía, la estela brillante lo imitaba. Me centré en aquella y en cada uno de sus movimientos. Era delicada y parecía danzar al ritmo del *siken*. Llegó hasta la punta de mi nariz y fue entonces cuando me di cuenta de que en el interior de ella había un sinnúmero de seres miniatura moviéndose libremente. Algunos parecían animales, pero otros eran similares a los humanos. Lo entendí entonces: la estela eran los espíritus. Ellos marcaban la ruta que seguían los cazadores.

Cuando aparte la mirada, vi como Édiwa se acercaba a mí. No nadaba como la haría un humano. Flotaba.

Édiwa era hermosa. Su vestido parecía provenir del agua que nos rodeaba y su cabello espeso marcaba el paso de la corriente.

No me decía nada. Yo tampoco iba a hacerlo. En su lugar, tarareaba la canción del bosque. Tenía algo en las manos que llevó hasta mis caderas. Era mi propio *siku*, el cual seguramente se me había caído cuando entré al agua.

Levante la mirada y me topé con su sonrisa. Acarició mi mejilla y me guio hacía la superficie.

Abrí los ojos de golpe al mismo tiempo que comencé a toser. Estaba confundida y desorientada. Di grandes respiraciones para recuperarme. Cuando me levanté estaba en una pequeña cueva que sobresalía del río, aquel corría con fuerza, como si estuviese cerca de una cascada. A pocos metros de mi lugar había un sendero que intuí me conduciría hasta la parte alta de la montaña. Sin embargo, estaba tan cubierto de nieve que preferí quedarme en mi lugar.

La tormenta no había pasado y yo ahora estaba mojada y congelándome. Revisé a mí alrededor, pero no había piedras ni nada que me permitiese fabricar algo de fuego. Tampoco tenía el cristal. Estaba perdida y seguramente moriría en poco tiempo.

De nuevo me dejé caer en el piso mientras me abrazaba a mí misma. La manta de Kat, que afortunadamente se había mantenido en mi cuerpo, ahora estaba tan mojada que tenerla encima me molestaba. Intenté mover mis manos para generar calor, pero no funcionaba. Mi cuerpo temblaba con violencia y mis dientes sonaban como si estuviesen a punto de romperse. Necesitaba urgentemente entrar en calor. Necesitaba a Jonás. Sentí como las lágrimas se formaban en mis ojos,

pero antes de que estas lograsen salir, la imagen de Édiwa me golpeó ¿Por qué me habría salvado en el agua si ahora moriría congelada?

Fue entonces cuando recordé al *siku* en mi cadera. Bajé la mano y lo tomé. No sabía tocar aquel instrumento, pero sí me sabía la canción. Al menos parte de ella.

Llevé el *siku* a mi boca y me aseguré de recordar la melodía lo mejor posible. Probé orificio por orificio. Ninguno parecía ser el correcto.

Suspiré y cerré los ojos. Quería recrear la noche en la que había visto al anciano tocarlo.

La recordé perfectamente. Un noche estrellada y prácticamente silenciosa. Olía a leña quemada y podía sentir la brisa contra mi rostro. El viejo Jonás tocaba junto a su tienda con los ojos cerrados. Su rostro danzaba al ritmo de la música y yo lo miraba con admiración. Aquella noche me sentí tan cómoda como hacía tiempo no lo había hecho. Aquel hombre siempre me había transmitido paz y, pensándolo con detenimiento, aquella canción también lo hacía. La canción del bosque transmitía paz.

Sin abrir los ojos llevé el instrumento de nuevo junto a mis labios y empecé tocar. Esta vez la melodía fluyó con el mismo ritmo y maestría que lo había hecho con los labios del anciano. Una melodía suave y profunda que llegaba hasta el alma.

Me centré en la música que fluía a través del instrumento. Creo incluso que me olvidé de que era yo quien estaba tocando. Perdí la noción del tiempo y el espacio y solo me concentré en la canción. El frío comenzó a desaparecer y, si bien jamás abrí los ojos, sabía que la estela de energía me envolvía en aquel momento. Podía escuchar a los espíritus cantar a mí alrededor.

Su canto sonaba tan alegre y agradable que en un punto dejé de tocar y las palabras comenzaron a surgir de mi boca.

*En el bosque y más allá
Una fuerza, une a todo igual.
Todos pueden ver atrás.
Pero pocos... lo entenderán.*

*En el sendero está mi paz.
Y en el silencio la respuesta está
Los demonios vencerás...es como la luz al fin saldrá.*

*El hielo pueda quemar, y el fuego a todos congelar
Aprende bien esta lección. Pues fue la madre quien la
enseñó.*

*En el sendero esta mi paz.
Y en el silencio la respuesta está
Los demonios vencerás...es como la luz al fin saldrá.*
Sentí como una cálida brisa chocaba contra mi

rostro y me devolvía la fuerza y la energía. Iba sobrevivir.

Abrí los ojos lentamente y esta vez contemplé el lugar que me rodeaba. No estaba la estela a mi lado, pero el río, la tierra, las rocas y el hielo me acompañaban y protegían.

Sonreí para mis adentros en aquel momento. No tenía manera de explicarlo, pero una súbita alegría se había alojado en mi interior. Una alegría fuerte y profunda que me recordaba que estaba viva, a salvo y completa.

Creo que pude haberme quedado en aquel lugar para siempre, pero el recuerdo de Jonás me lo impedía. Tenía que volver a su lado y terminar con aquel viaje.

La tormenta no daba señales de que fuese a terminar en el corto plazo. Si quería encontrarlo antes de que cayera la noche tenía que hacerlo en ese mismo instante. Me puse de pie y comencé a caminar. Sabía que mientras entonaré la canción estaría a salvo, así que comencé a tararearla en mi mente.

—Gracias —susurré cerca del río. Édiwa seguramente estaba escuchando.

Para cuando llegué a la cima, no había nada allí. No estaba segura sobre en cuál lado del puente me encontraba, pues la tormenta no me permitía ver nada. Entrecerré los ojos, pero sencillamente era imposible. Me tomé un momento para pensar en lo que haría cuando el fuerte canto de un águila se escuchó sobre mi cabeza. Levanté la mirada y sobre mí se encontraba Kat. Iba en pleno vuelo y no se detuvo en ningún instante. Solo dio un fuerte chillido con el que me indicó que la siguiera.

La nieve estaba tan alta que cubría la mitad de mis piernas. Tuve que hacer un esfuerzo por mantener el equilibrio y en ningún momento aparté la mano de mi *siken*. No quería perderlo en aquel lugar. Tampoco podía ver hacia arriba o hacia el frente pues el viento y la nieve resultaban desagradables. No obstante, podía escuchar a Kat, y esa era toda la guía que necesitaba en aquel momento. Unos minutos después el águila bajó hasta mi lado y se convirtió de nuevo en una mujer.

Kat traía otro manto sobre su espalda y rápidamente se lo quitó para pasarlo sobre mis hombros.

—Me alegra que estés bien.

—A mí también —le sonreí — ¿Dónde está Jonás?

—Está en Aquilae nidum. Le dije que vendría por ti.

Ambas teníamos que gritar para poder escucharnos.

— ¿Estamos cerca?

— Así es. Está detrás de aquellas rocas.

Kat señaló un grupo de piedras similares a los que anteriormente había visto más abajo. Altas y ordenadas como guerreros ante un ataque.

Caminamos tan rápido como era posible y, una vez que pasamos junto a los guerreros de piedra, me quedé sin palabras.

Había una cueva de gran tamaño con luz amarilla proveniente de su interior. Un puente de madera, al cual sorprendentemente no había cubierto la nieve, la unía con la montaña en la que nos encontrábamos.

— ¿Esta flotando? —le pregunté a Kat.

— No —se rió— Aquilae nidum está en Cacere Glacies. Ese puente solo se encarga de unir a ambas montañas.

Asentí fascinaba y acepté la mano que me tendía para guiarme hasta la cueva.

La luz amarilla provenía de un grupo de antorchas encendidas que se levantaban a los lados del puente y llegaban hasta el interior de la fortaleza de piedra. Sentí como se erizaba mi piel mientras atravesábamos el umbral. Más grabados brillantes y carámbanos de hielo se encontraban en el interior. Pero esta no era fría. Al contrario, era cálida.

— ¡Huilen! —gritó Jonás mientras corría hacia mí y me envolvía en un abrazo —pensé que...

—Estoy bien —dije entre sus brazos— Muy bien, realmente.

Se apartó un poco y me miró con una mezcla de alegría y curiosidad. Yo solo le guiñé un ojo y entendió que le explicaría lo que había pasado más tarde. Claro que le contaría algunas partes, aunque el encuentro con Édiwa y los espíritus lo mantendría como un secreto hasta la eternidad.

—Tuviste mucha suerte —dijo Kat acercándose a nosotros— no cualquiera podría sobrevivir en esta tormenta...Ahora vengan más adentro. Aquí estarán a salvo.

Jonás me dio un espacio y seguimos a Kat hasta las profundidades. Aquello no era nada parecido a lo que tenía en mente. Había un montón de pieles a un extremo y fuego encendido en el centro del lugar. Era una casa. Incluso había una especie de ventana que emitía una luz considerablemente brillante.

Sentí una gran emoción en mi pecho. Lo habíamos logrado. Jonás había cumplido con la apuesta y yo había visto a los grandes espíritus a la cara.

Kat nos dejó y se acercó a la ventana. Nosotros también lo hicimos. Era la entrada a una sala diminuta en la que había un carámbano de hielo mucho más grande que los de la Cueva de los Espejos. Este no poseía ningún brillo en particular, pero en su interior, parecían encontrarse un grupo de personas atrapadas. Nos acercamos y fue

así como descubrimos que no eran personas atrapadas, era nuestra aldea.

—Así es como los conozco a todos —dijo Kat mirando fijamente al cristal— puedo verlos a ellos, a los bosques y a todas las aldeas que descansan más allá de las montañas.

Jonás terminó por acercarse todo lo que le fue posible y, mirando una vez más a Kat para conseguir su aprobación, colocó una mano sobre el cristal.

—¿Cómo funciona? —preguntó.

—Amaru —respondió ella con voz firme— y rápidamente en el cristal se formó la imagen de su abuela. Me acerqué a su lado y vi como esta se encontraba sola, sentada en el interior de su choza con la mirada fija en la ruta hacia las montañas. Estaba despeinada y sus ojos lucían tristes y llorosos.

Jonás respiró con fuerza, no pude más que tomar su mano y apretarla.

—Es una suerte que en la tribu presenten a los niños en una ceremonia, pues solo así logro conocer sus nombres.

Jonás no la escuchaba. Permanecía concentrado en los ojos apagados de Amaru.

—Está sufriendo —finalmente dijo.

—Sufre en silencio desde que perdió a Catlali —respondió Kat en un suspiro— ninguna madre debería perder a su hijo como ella lo hizo.

—Quisiera verla feliz.

—Puedes hacerlo —aseguró.

—En cuanto regrese...—comenzó Jonás

—No me refiero a eso...—se alejó de nuestro lado.

Fue rumbo a las pieles, se puso de rodillas y las apartó para sacar algo de su interior: una lanza con plumas de águila atadas en la punta. Se incorporó con ella entre las manos y después acomodó las pieles para sentarse sobre ellas. No dijo nada, pero Jonás entendió que esperaba a que él se acercara para comenzar a hablar. Yo, por otra parte, preferí verlos desde el lugar en el que me encontraba.

—Esta era la lanza de tu madre —dijo mientras se la entregaba— la misma Amaru la hizo hace muchos años. Cuando se la entregues, le dirás que su hija está bien y que algún día volverán a verse.

—No creo que mentirle sea la mejor idea...

—No estarás mintiendo —aseguró mientras comenzaba a quitarse el velo de la cara.

Delante de nosotros se encontraba una mujer realmente hermosa, con piel bronceada y el cabello negro y brillante. Evidentemente, era una mujer papau cuyo rostro perfilado ya había visto en el pasado. Era el mismo rostro que diariamente veía en Amaru.

Jonás abrió la boca, pero no logró articular palabra alguna.

—Hace dieciocho años llegué a este lugar —comenzó a hablar— sabía que estaba embarazada de

ti y decidí escapar antes de que llegará el día de tu nacimiento. Llegué al bosque y el antiguo espíritu del águila me permitió quedarme cerca de las montañas...

Hacia un esfuerzo sobrehumano para poder prestar atención a las palabras de Kat. Aquello definitivamente no lo esperaba y, a juzgar por la mirada de Jonás, él tampoco.

—Pero tu padre y otros hombres de la aldea dieron conmigo y una vez más tuve que correr. No me iba a perdonar semejante humillación, menos el robo de su hijo. Así que corrí al único lugar en el que no me alcanzaría pues Jonás, el antiguo espíritu, me protegería.

Por supuesto que tenía sentido que el viejo Jonás fuese el antiguo espíritu del águila.

—Pero Jonás dijo que mi madre estaba muerta...

—Casi —reconoció— el viaje que hiciste no es el más apropiado para una mujer embarazada. Me caí cuando comencé a subir y el frío no hacía más que debilitarme. Cuando naciste, Jonás hizo lo único que sabía que podría mantenerme con vida, e intercambió nuestras vidas a las montañas. El volvería a ser un mortal y yo me convertiría en el águila.

—Podía quedarme contigo...—susurró.

—Ibas a morir si te quedabas conmigo. Y yo tenía una responsabilidad que cumplir.

— ¿Cuál responsabilidad?! —dijo exasperado

mientras se ponía de pie— ¿Qué podía ser más importante que cuidar a tu hijo?

—Las montañas no son lo que crees, Jonás, su poder es más fuerte y peligroso del que si quiera puedes imaginar. Alguien debe contener su poder y un pequeño niño no podía ser parte de esto. No pertenecías a este lugar.

— ¿Y sí pertenecía a la tribu? —soltó indignado— ¿tienes idea de lo miserable que fue mi vida en aquel lugar? ¿Lo horrible que fue crecer con el hombre que tanto daño te hizo? Déjame decirte que me dañó tanto como te dañó a ti, y lo único —tragó saliva— lo único que yo deseaba y rogaba, noche tras noche, era que mi madre reviviera y me sacara de aquel tormento.

Catlali bajó el rostro y lloró. Yo no me atrevía ni a respirar. Sentía que no debía estar en aquel momento.

Jonás temblaba y apretaba los dientes con fuerza. Tantos años había deseado estar con su madre y ahora no sabía si era el mejor tipo de encuentro.

—No podías quedarte conmigo. No era justo ni tampoco estaba permitido. Tú no eras como yo, seguías siendo humano. Todavía lo eres.

— ¿Y tú ya no lo eres?

—No mientras este atada al águila.

Jonás asintió y bajó la mirada.

—Me hubiese gustado formar parte de tu vida, Jonás, te juro que sí.

Catlali se acercó de nuevo a él y lo envolvió con sus brazos. Él intentaba resistirse, pero, poco a poco, estiró sus propias manos y correspondió al abrazo. Había pasado toda su vida anhelando aquel momento, y por fin lo estaba viviendo. Por fin estaba en los brazos de su madre.

Ella era más pequeña que él, pero Jonás se las arregló para enterrar la cabeza en su pecho.

—Perdóname —susurró la mujer en su cabeza.

Jonás no respondió, solo se aferró más a ella y yo, en cambio, regresé la mirada al carámbano. Necesitaban privacidad.

Aquella noche Jonás y Catlali hablaron sin parar. Él le contó sobre cómo había sido crecer con Konan y Amaru, en especial de las bromas que solía jugarle a su abuela cuando era pequeño.

Catlali, por otra parte, le contó sobre cómo había sido su vida antes de casarse, cuando podía ir a los bosques y perderse durante horas, y cuando se convirtió en una de las mejores cazadoras de la aldea. Aquella había sido una situación complicada para los estándares de la tribu. Después le contó sobre su matrimonio con Konan y de cómo Amaru, su madre, organizó la cacería en la que desapareció para siempre.

Si algo tenían en común, además de su sangre, era cómo sus ansias de libertad los habían condenado a una vida triste y miserable al descubrir que siempre tendrían que servir a los estándares de otros.

Yo no intervine en lo absoluto. Solo me limité a prepararles algo de flor de alée y a escucharlos con atención. No pude evitar identificarme con parte de la historia de Catlali y por primera vez en toda mi vida me pregunté por qué jamás me había atrevido a mostrarme tal y cómo era. Se necesitaba valor para hacerlo. Valor que sentía que me había enseñado aquel viaje.

Para cuando salió el sol, Catlali se acercó a la entrada de su pequeño refugio.

—Hoy es el equinoccio...Tendrán que regresar antes de que caiga la noche. El sendero de Cacere Glacies es el más seguro.

—Pero... —dijo Jonás mientras se incorporaba— ¿No hay manera de que vengas con nosotros? ...estoy seguro de que la abuela se alegrará mucho al verte.

Catlali sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Créeme que no hay nada que más desee que volver a ver a mi madre...pero no puedo alejarme de las montañas. Menos en la víspera del equinoccio.

Acarició la frente de Jonás antes de tomar la lanza que descansaba sobre las pieles y ponerla en sus manos.

—Entrégale esto mi madre y cuéntale que me viste. Supongo que saber que estoy viva aliviará su dolor.

Jonás asintió, pero inmediatamente volvió a abrazar a su madre.

—No quiero irme —reconoció.

—Amaru ya perdió a su hija, no la obligues a perder a su nieto...no de la misma manera —dijo mientras se alejaba de él lentamente y dejaba algo en su mano— con esta pluma podrás demostrar que cumpliste con tu palabra y tú —me miró— quedarás libre de cualquier compromiso con tu hermano.

Jonás bajó la mirada hasta su palma y contempló una pluma bastante grade y de un color tan brillante que parecía haberse desprendido de una estrella. —Aunque, Jonás...Huilen —apretó su mano— les recomiendo que piensen muy bien lo que harán cuando regresen. Todas nuestras acciones tienen consecuencias, y no siempre estamos listos para asumirlas.

Jonás asintió y la guardó en su bolsa junto a las flores de alée. Catlali acarició su rostro y lo tomó de la mano para guiarlo hasta la salida.

—Ya tienes que irte, hijo mío.

—¿Volveré a verte?

—Siempre que regreses a los pies de la montaña, bajaré a verte.

—¿Amaru podrá venir?

—No habrá manera de que la detengas, así que sí...los veré de nuevo en unos días...pero no le pueden contar a nadie más.

—¿Y a Jonás? —me animé a preguntar mientras me acercaba a ellos.

—No sé si este listo para volver a verme...así que deja que sea él quien decida regresar a las montañas...lo que me recuerda —tendió la mano en dirección a Jonás.

Él parecía no entender, pero al bajar un poco la mirada comprendió que le pedía el cristal. Jonás regresó la mirada hacia mí en busca de una aprobación.

—Creo que Huilén ya no lo necesitará más —agregó la dama.

Yo asentí y Jonás inmediatamente le devolvió el collar, el cual se guindó del cuello.

—Váyanse rápido, por favor. No quiero que les agarre la noche. Verán que bajar por el sendero es mucho más rápido que subir.

Dicho esto, tomó de nuevo la forma del águila y voló tan alto que la perdimos entre las nubes.

Jonás dedicó una mirada al pequeño refugio y después me tendió la mano. Habíamos adquirido la costumbre de viajar así en los últimos días. Me acerqué a él y besé su mejilla. Estaba triste. Podía verlo en sus ojos.

Después de mantenernos la mirada durante unos segundos decidimos abandonar el lugar.

Avanzamos por el puente en completo silencio. El cielo estaba tan nublado como lo había estado el día anterior, pero por lo menos no estaba nevando, así que el descenso fue mucho más ameno. Si en todo el recorrido no habíamos visto más que nieve, nubes y piedras, en esta zona en particular parecía no haber nada que no fuese propio del color gris. La neblina se mezclaba con la nieve creando una única capa espesa que solo era atravesada por el chillido del viento.

A medida que avanzaba, los pasos de Jonás se hacían débiles, creo incluso que dolorosos. No que-

ría irse de aquel lugar. Lo sabía. Y la verdad era que yo tampoco lo quería.

Poco a poco seguimos con el camino, pero con cada paso que daba, regresaba la mirada a Aquilae nidum. Algo en aquel lugar me llamaba. En una de esas miradas furtivas fue cuando me percaté de que detrás de la gruesa capa de nubes había una luz, escuálida y diminuta, que luchaba por hacerse notar en aquel inhóspito lugar. Entrecerré los ojos y cuando estuve realmente segura de que no se trataba de ninguna alucinación, detuve a Jonás.

—Las antorchas —dije.

—Supongo que se apagaron durante la noche.

—Esas no, Jonás —señalé hacia arriba— aquellas antorchas.

Jonás siguió mi mano y me apretó con mucha más fuerza. Pude ver la duda atravesando sus ojos, pero ya sabía qué quería hacer.

—Seguro tienen que ver con el equinoccio... —comencé a decir, pero antes de terminar la oración Jonás ya me había jalado en dirección a ellas.

A medida que avanzábamos la luz se hacía mucho más clara y no fue hasta que pasamos junto al refugio de su madre que nos percatamos de que se trataban de cientos de antorchas que creaban una especie de sendero.

Mire hacia el cielo para asegurarme de que Catlali no estuviese volando sobre nuestras cabezas. Te-

nía la impresión de que no debíamos de estar allí, pero no había fuerza en el mundo que apagara la curiosidad que sentíamos en aquel momento. Teníamos que ver de qué se trataba.

Las antorchas nos guiaron a través de una subida que, más que larga, era muy empinada. Seguimos la ruta señalada hasta que finalmente nos topamos con un camino de roca sobre el cual no había ni un minúsculo cristal de nieve. Parecía que alguien lo había limpiado hacia menos de un minuto. Comenzamos a andar con cuidado, mirando para todas partes, alertas a la presencia tácita de su madre.

Una helada corriente nos alcanzó de repente y nos obligó a levantar la mirada. Allí, justo delante de nosotros, se levantaba el último pico: Cacere Glacies.

El frío que sentimos era diferente a cualquier otro. Congelaba cada parte de mi cuerpo, pero no me molestaba en lo absoluto. Era similar al roce de la brisa de la madrugada, helada pero agradable. Asumiendo que este era un indicio de buena suerte, apresuramos el paso y finalmente avanzamos hacia la cima.

Claro está que no esperábamos encontrar, para variar, lo que allí se encontraba. Justo en la punta de la montaña se levantaba una cueva gigantesca rodeada por carámbanos de hielo brillantes y solemnes. De su interior provenía una luz amarillenta, típica del fuego, que invitaba a cualquiera a internarse en ella.

Jonás se detuvo en la entrada y miró con cautelosa curiosidad, esperando a que Catlali lo sorprendiera en cualquier momento. Yo por mi parte sentí de nuevo la vibrante melodía de la canción del bosque. Teníamos que entrar.

Sin dudarlo más, nos aventuramos al interior con pasos lentos pero decididos.

Aquel lugar no se parecía a nada que hubiese visto ni en la tribu, ni en las montañas. Estábamos en el interior de una especie de fortaleza abandonada. Las piedras, oscuras y gruesas, creaban un extenso

arco que cubría a un pasillo rodeado de antorchas y estatuas de piedra con formas antropomórficas. Hombres mitad oso y mitad cóndor se alzaban a su alrededor y llegaban hasta un águila con las alas abiertas que unía a ambas filas. Sobre las alas del águila se encontraba un pedazo de hielo muy brillante. Me permití tocarlo con cuidado. Era tan sólido como una roca, pero tan frío como la nieve del exterior. Estaba cubierto de antiguos grabados, similares a los de las paredes, pero estos parecían representar a la misma mujer y a la misma águila que había visto en las paredes de la cueva de los cristales. En el cuerpo de la mujer había un cinturón de estrellas igual al de Catlali, pero a una de ellas le faltaba una pieza. Una pieza en forma de lágrima.

— Ustedes no deberían estar aquí —soltó una voz a nuestra espalda. Era Catlali.

Jonás se volvió rápidamente para responder, pero se quedó sin palabras. Al imitarlo, yo también lo hice. Su madre se veía diferente. Su cabello, otrora negro y brillante, estaba totalmente gris y había tantas arrugas en su rostro que incluso se veía más vieja que Amaru.

—Te dije que tenías que irte —se acercó a él— ¿por qué nunca puedes hacer lo que te dicen?

— ¿Qué te pasó? —preguntó.

Catlali levantó una ceja.

—Nada malo —acarició su mejilla— te dije que tenías que irte de aquí... Los dos tenían que irse —ahora me miraba a mí.

— Lo sé, pero madre, no quiero irme.

—Mi hijo, me temo que no comprendes... Ninguno lo hace... Nadie puede quedarse aquí. No pertenecen a este lugar. Estoy encadenada a las montañas de una manera que jamás comprenderían...y de una manera que definitivamente no es lo que deseo para ninguno de los dos.

—Tú no tienes ni idea de cómo es vivir en la aldea, madre. Estar preso todos los días, fingiendo que eres feliz con lo que haces. Fingiendo que te sientes dichoso porque eso es lo que se supone que deberías sentir. Pero te quemas por dentro. Te mueres cada vez que miras al bosque y lo único que anhelas es ir allí. Perderte del mundo que te rodea y enfrentarte a algo nuevo. Algo en lo que tienes la esperanza de poder sentirte completo— sus ojos se aguaron con cada palabra que decía— ¿puedes entender?

—Sí lo hago. Por supuesto que lo hago. Sentí, en carne propia todas estas cosas. Tuve los mismos anhelos y los mismos sueños...y me temo, querido mío, que esos sentimientos se tornaron en mi maldición.

Dicho eso último comenzó a caminar hacia la entrada de la cueva. Él se apresuró a seguirla, pero

esta apenas colocó un pie en el exterior se convirtió en águila.

Para cuando la alcanzamos, estaba volando en lo alto del cielo. Creo que jamás lo había hecho tan alto. El sol se había abierto paso entre las nubes y durante un segundo me pregunté si la intención de Catlali era alcanzarlo. Sus alas se batían con fuerza, provocando un sonido que solo podía compararse con el canto de los espíritus.

Catlali llegó hasta el punto más alto y durante unos segundos permaneció estática. Jonás se preguntó si todo se encontraba bien con su madre, pero sus dudas fueron contestadas por el fuerte canto del águila.

El canto abrazó a todas las montañas, provocando que las mismas temblaran y que la nieve que las cubría comenzara a correr de forma desenfrenada. Pudimos ver como todo se movía delante de nosotros y procurando mantenernos con vida dimos marcha atrás hacia la cueva, cuyo calor contrastaba con el frío invernal del exterior.

Desde nuestra posición, podía ver a todas las montañas, al menos buena parte de cada una, y me quedé maravillada con el desfile que la nieve provocada. Los quejidos del piso revelaban que seguramente estar en el centro de aquella avalancha debía de tratarse de la peor pesadilla, pero verlo desde aquella posición, con el reconfortante

calor de la cueva y la emoción sublime que provocaba el canto de Catlali, solo podía pertenecer a un sueño.

Levantamos la mirada una vez más en dirección a su madre. Ya no estaba quieta en el centro de todo. Ahora volaba con fuerza y gran velocidad sobre el territorio de la montaña. Ambos nos movimos un poco más hacia afuera para seguir su vuelo con la mirada, y fue cuando entendí que sobrevolaría cada uno de los cinco picos. Cada vez que pasaba sobre uno, volvía a entornar aquel sonido tan fuerte que hacía retumbar todo a su paso. Cada montaña que sobrevolaba era cubierta por una nevada. Una nevada que no tiñó al cielo de gris y que se esparcía sobre toda la región siguiendo el paso del águila blanca.

Pronto dejaron de escucharse las avalanchas y se hizo el silencio absoluto.

Podía sentir como mi corazón latía con fuerza. Aquel había sido un magnífico espectáculo que me emocionó como nunca nada lo había hecho antes. A pesar de la nevada, el cielo estaba tan despejado que me permitía contemplar todo el lugar que nos rodeaba. Las cinco montañas se alzaban una junto a la otra, compartiendo una cómoda complicidad que revelaba la vida que albergaba cada una. La nieve sobre ellas brillaba con intensidad y se veía tan suave que estuve segura de que no podría ha-

ber cama más cómoda que aquel manto invernal. Nunca había visto algo más hermoso en mi vida. Los rayos del sol se colaban entre cada roca y espacio disponible y llegaban hasta los territorios que descansaban abajo. Kilómetros de bosque cubrían los pies de las montañas como si de adoradores se tratase.

Suspiré con fuerza. Como si respirando de aquella manera podría absorber un poco de la magia del lugar. Un nuevo canto del águila sonó sobre nuestras cabezas y, al levantarla para verla, nos dimos cuenta de que esta comenzaba a descender en dirección a la cueva.

Jonás me lanzó contra el suelo para permitirle pasar cómodamente hacia el interior. Catlali voló hasta el pedestal del centro y se dejó caer en la luz azulada.

Al acercarnos a ella notamos que la criatura que teníamos delante distanciaba mucho del magnífico animal que otrora habíamos conocido. Sus plumas ya no eran brillantes ni cubrían la totalidad de su cuerpo. Había muchos espacios vacíos que lucían como si alguien se hubiese dedicado a desplumarla durante horas. Sus ojos azules no brillaban en lo absoluto y su pico y garras estaban destruidos. Claramente, se trataba de un animal moribundo.

— ¡Madre! —gritó Jonás preocupado mientras se

abalanzaba sobre ella.

Catlali solo lo miró mientras soltaba un pequeño resoplido. Una vez más, la luz opalina se hizo más intensa y el águila desapareció dejando a una mujer de cabellos blancos, arrugado el cuerpo y ojos azules carentes de todo tipo de brillo.

—Estoy bien —susurró.

—No lo estás —Jonás comenzó a tocar su cuerpo en búsqueda de alguna herida— ¿Qué te pasó?

—Es parte de mi trabajo —dijo con un hilo de voz mientras sonreía —no es la gran cosa.

—Pero estas muriendo.

—No lo estoy. El águila nunca muere.

— Pero estás sufriendo.

—Un poco —aseguró— pero tenerte aquí lo hace más llevadero.

— ¿Qué hago mientras?

—Nada —estiró su mano— solo quédate conmigo. Mientras este aquí no me pasara nada.

—Pero...

—Más tarde estaré mejor...—sonrió— ya lo verás. Jonás asintió y se dejó caer a su lado mientras apretaba con fuerza a su madre. De vez en cuando se volvía hacia ella y acariciaba su frente. Yo permanecí de pie delante de ellos. Quería hacer algo, pero me temó que no sabía qué.

—Me recuerdas a mi madre —dijo Catlali con los ojos cerrados.

—Fue ella quien me enseñó.
—Es una buena madre.
—Lo es —aseguró— ella solía mirar hacia las montañas todas las noches. Nunca me lo dijo, pero creo que siempre albergó la esperanza de que regresarás.
—De eso estoy segura —abrió los ojos y lo miró— entiendo cómo se siente.
— ¿Te gustaría regresar?
—Quisiera volver contigo y mi madre, pero la aldea no es mi lugar.
—Dijiste que estar aquí era una maldición.
—Estar atrapada es una maldición —lo corrigió.
—A mí sí me gusta este lugar —dije yo después de un rato.
—Tú estas atada a los espíritus, querida —me miró— por eso los escuchas y por eso el antiguo cazador de las nieves te entregó su *siken*.
No necesitaba escucharlo de ella. Yo ya lo sabía.
—Creo que ahora deberías preguntarte qué quieres hacer con tu vida...
—Quiero ver el mundo... —le respondí.
—Encontrarás tu propia manera de hacerlo —sonrió. Yo asentí e intenté sonreír. Me costaba pensar positivamente al verla en aquel estado.
—En cuanto a ti —se viró hacia Jonás— Naciste aquí —apretó su mano.
— ¿Me tuviste tu sola? —la miró con curiosidad.

—Jonás fue de gran ayuda...aunque créeme cuando te digo que eso fue mucho más doloroso que esto.

— ¿Por qué lo haces?

Catlali lo miró y cerró los ojos. La manera en la que contraía su rostro expresaba que estaba sufriendo mucho, pero después de suspirar volvió a mirarlo.

—Dice una antigua leyenda que, hace cientos de años, los hombres se dejaron vencer por la maldad que vivía en su interior. Se destruyeron a ellos y comenzaron a destruir este mundo también. Los dioses —tomó aire— ellos pensaron en eliminar a todas las personas y volver a empezar en un mundo nuevo y limpio...claro que, la forma de hacerlo iba a ser bastante cruel. Una aldea...Nuestra aldea... consciente del peligro que los acechaba decidió acudir a los grandes espíritus para solicitar su ayuda. Ellos siempre habían sido amigos de los hombres y estaban seguros de que podrían hacer algo.

»Una fuerte nevada amenazaba con congelar a todas las criaturas que vivían en este mundo. Su llegada era inminente, pero los espíritus, quienes no apoyaban la condena, aceptaron ayudarlos a cambio de una única vida que pudiese hacerse uno con las montañas hasta la eternidad, pues solo un gran espíritu podría mantener el poder de la nevada...

»Fue así como la tribu entregó a su princesa Ké-leil, quien se había ofrecido voluntariamente para convertirse en el espíritu del águila. El espíritu condensó la gran nevada en estas cinco montañas y se mudó a ellas para asegurarse de que la tormenta jamás volviera a formarse...—suspiró con fuerza una vez más antes de proseguir— cada año, cuando llega el equinoccio, los dioses intentan liberar la gran tormenta, todavía no creen que los humanos merezcan estar acá, y es entonces cuando el espíritu debe una vez más condensar la gran nevada en las montañas...si no hago esto...todos ustedes morirán.

—Pero estás sufriendo...

—Una vez al año no es mucho.

—¿Qué pasó con la princesa? —pregunté.

—El espíritu libera a su guardián cuando otro viene a reemplazarlo. Y según me contaron a mí, el amante de la princesa subió unos años después para liberarla.

—¿Quién te lo dijo?

—El hombre al cual yo liberé.

—Jonás... —susurré cuando la imagen de mi viejo amigo llegó a mi cabeza.

—Apenas fue liberado, te tomó en brazos y te llevó a la aldea.

—¿Por qué nunca regresó? —pregunté con curiosidad. Era evidente que ella sentía algo muy fuerte hacia él.

—Vino durante un tiempo...solo que yo nunca bajé.
—Ahora que lo sabemos —comenzó Jonás— puede ser diferente ¿no te parece?
—Es posible —se retorció un poco— aunque las demás personas no pueden saberlo. No lo entenderían jamás.
Jonás asintió y se fijó en las estatuas que estaban a nuestro alrededor.
— ¿Son los espíritus?
—Son algunas de las formas que pueden tomar. Así pueden vivir ocultos entre nosotros.

Catlali se quedó dormida justo después de aquella conversación. Jonás la imitó un momento después. Yo, incapaz de pegar un ojo, caminé hasta la entrada de la cueva y me senté a contemplar el lugar. Era lo más hermoso que había visto en mi vida. Transmitía tanta paz que era imposible no sentirse cómodo.

Fue entonces cuando comencé a pensar en mí y en la vida que me esperaba al regresar. No podía mentirme, una parte de mí ahora sí quería estar con Jonás. Pero la otra no quería regresar a la tribu. Allá nunca podría ser libre pues definitivamente no era mi lugar. Mi hermano seguramente se opondría a cumplir con su palabra y si no lo hacía, el nuevo cargo haría que la vida de Jonás cambiara. Como su esposa tendría ciertas libertades, pero dudaba que entregarme a los espíritus fuese una de ellas.

Pensé en mi madre y en mi padre. Ellos jamás fueron felices. Lo sé porque pocas veces sonreían. Una vida sin sonreír es una vida perdida. Aunque claro está que para sonreír hay que sentirse pleno. De nuevo tomé mi *siku* y comencé tocarlo. Esta vez abrí los ojos y para mi gusto y placer fue el viento quien revoloteó a mi alrededor transpor-

tando el canto de todos los antepasados de aquella tierra.

—¿En qué piensas? —me interrumpió Jonás.

—En que esta es la mejor vista del mundo.

—Lo es —coincidió mientras se acomodaba a mi lado— aunque la verdad hay mejores.

—Dime una.

—La que yo tengo en este momento.

Me viré hacia él antes de que terminara de decir aquella frase. Él jamás me decía cosas como esa.

—Me tratas diferente desde que estamos aquí —afirmé.

—Creo que ambos somos diferentes desde que estamos aquí.

Asentí. Era verdad después de todo.

—Cuando dejé de verte en el puente...—bajó la voz— sentí un miedo que jamás había sentido antes. Yo solo me limité a observarlo.

—Ya he perdido a muchas personas...en algunas oportunidades pensé que me perdería a mí mismo...pero perderte a ti, Huilén...es la peor cosa que me podría pasar.

—Cuando empezamos a subir —dejé el *sikeu* en mis piernas— ese día en las rocas dijiste que... —suspiré— dijiste que sí querías ser mi esposo.

—Yo sí lo quiero —aseguró— ahora sé que lo quiero...mi pregunta es ¿tú lo quieres?

Lo mire fijamente durante unos segundos. Jamás

pensé que tendríamos esa conversación. No segura de cómo decir lo que sentía, preferí acercarme a él y darle un beso en los labios.

Fue dulce y casto, pero sé que él entendió lo que quería decirle.

—Yo sí quiero ser tuya, Jonás. Quiero ser tu compañera hasta el final —suspiré— pero no quiero regresar a la aldea. Este mundo —abrí los brazos a mi alrededor— esta magia que descubrí, me completa de formas que no puedo explicar... No quiero renunciar a ella.

—Esta magia es parte de ti y te juro que jamás te pediré que renuncies a ella.

El resto del día transcurrió con tranquilidad. No hablamos mucho más. No teníamos que hacerlo. Las palabras sobraban entre ambos.

Finalmente comenzó a caer la noche y con ella otra tormenta de nieve. Remolinos de viento se formaban a nuestro alrededor, pero ninguno de los dos podía sentir el frío. En mi caso, la canción era la responsable; en el suyo, la proximidad a mi persona.

Decidimos regresar al interior de la cueva. Las estatuas que otrora lucían temibles ahora nos resultaban divertidas. Incluso Catlali parecía mejorar. Los gemidos de dolor habían desaparecido, pero seguía inconsciente.

—Ella no es feliz —comentó Jonás mirándola.

—Es porque no pertenece a este lugar —respondí a su lado— nadie puede ser feliz en esas condiciones... tú y yo lo sabemos bien.

Jonás asintió lentamente y después me miró.

—Tal vez si Jonás...

—Las cosas pasan cómo y cuándo tienen que pasar —suspiré mientras miraba a la dama— aunque eso no quiera decir que sea demasiado tarde para ellos.

— ¿Qué quieres decir? —me miró.

Tragué saliva. La verdad es que no lo había pensa-

do hasta que abrí la boca.

—Ella no pertenece aquí...—bajé la mano hasta el *siku*— pero yo sí.

—Eso no... —se apresuró a decir— No puedes quedarte aquí...No hay nada más que nieve.

—Jonás —me volví hacia él y tomé su mejilla— hay magia. Los espíritus están en todas partes y ellos me llaman. Lo sé... ambos lo sabemos.

—Pero...

—Jamás en toda mi vida me he sentido tan completa como me he sentido aquí. Por alguna razón escucho a los espíritus. Por alguna razón me han llamado todo este tiempo. Y esa razón es porque mi lugar está a su lado...

Bajé un poco la mirada ante el recuerdo de mi viejo amigo de la aldea.

—Antes de partir, el viejo Jonás me dijo que tenía que renunciar a quién era para convertirme en la persona que tenía que ser. La razón por la cual vine a este mundo...Durante años pensé que se trataba de casarme y dar hijos a la tribu...pero no es así. Pertenezco a los cazadores.

—Mi madre dijo que es una prisión —protestó.

—Lo es para ella...pero no para mí.

Sonreía mientras decía todo aquello. Creo que él no podía entenderme, pero yo me sentía plena y completa. Me sentía feliz.

—Dijiste qué...

—Sé lo que dije y te juro que es verdad —pegué mi frente con la suya— quiero estar contigo Jonás... pero debo estar aquí.

Él no contestó y solo bajó la mirada. Lo entendía, solo le resultaba demasiado doloroso.

—No sabes lo que haces —dijo una voz a mi espalda. Era Catlali. Ahora había regresado a la normalidad. Su cabello lucía negro y brillante, las arrugas en su rostro habían desaparecido y su vestido había vuelto a ser hermoso e inmaculado.

—Yo creo que...

Levantó la mano y me interrumpió.

—Puedo entender que pertenezcas a este lugar. Lo haces desde que viniste al mundo...pero ser un espíritu requiere de sacrificio. Mi sacrificio ¿Estás dispuesta a pasar por esto?

No tenía que pensarlo. La respuesta era firme.

—Sí.

Catlali se acercó más a mí y me miró fijamente. Sus ojos eran tan azules que amenazaban con congelar a quien los mirara por mucho rato.

—No quiero que te sientas obligada a nada. Este es mi lugar y lo acepté hace mucho tiempo.

—Esa es precisamente la razón por la cual sé que tengo que hacerlo. Dijiste que el poder podía cambiar de persona. Para ti es un castigo, pero para mí es el más grande honor.

Jonás no decía nada. No quería ser quien me guía-

ra en mi decisión. Catlali, por su parte, suavizó el rostro y asintió.

—Tú podrías recuperar tu vida, y yo comenzar a vivir la mía...—continuó— solo tienes que aceptar. Bajó la mirada, meditando sus próximas palabras.

—No hay vuelta atrás —insistió.

—Quiero hacerlo.

De nuevo mi miró.

—De acuerdo —accedió— creo que ustedes necesitan hablar sobre esto... Los esperaré afuera.

Inmediatamente se convirtió en una magnífica águila y salió volando del lugar.

—Nada te hará cambiar de opinión ¿cierto? —me miró Jonás.

Yo solo negué.

—Eres mi mejor amiga —me abrazó— si está bien para ti, también lo estará para mí.

Yo me aferré a él con más fuerza y para cuando lo solté de nuevo pegamos nuestras frentes.

—Bajaré a verte siempre que quieras.

—¿Es una promesa?

—Es más una apuesta.

Ambos reímos por el comentario y por primera vez nos besamos como se supone que los amantes prometidos deben hacerlo.

Para cuando salimos, Kat nos esperaba en su forma de águila. Rápidamente se convirtió de nuevo en una persona y abrió los brazos hacia mí. Fui directo a ella y le permití abrazarme con fuerza.

— ¿Estás segura?

— Completamente.

— Gracias —me susurró.

— Prométeme que lo vas a cuidar —le respondí en el mismo tono.

Ella se alejó un poco y asintió.

Pensé que el intercambio sería algo increíblemente ritualista, pero no fue así. Catlali se convirtió en águila por última vez y voló sobre mí, provocando que un remolino de nieve me envolviera por completo. Para cuando mi vista se adaptó a la visión en el interior, Catlali era de nuevo humana y estaba a mi lado. Me tendió la mano, la cual tomé. Sentí como un calor bastante intenso comenzaba a recorrerme. Primero la mano, después el brazo, siguió el pecho y junto a él, el resto de su cuerpo. De la mano de Catalali una estela blanca comenzó a expandirse y a posicionarse sobre mí. Mientras esto ocurría, su vestido comenzó a desaparecer y fui yo quien terminó vestida con una túnica blanca con el cinturón de las estrellas en mis caderas.

Para cuando estuve totalmente vestida, el remolino se detuvo y Catlali cayó al piso totalmente desnuda. Jonás se apresuró a tomarla en sus brazos antes de que abriera los ojos.

—Eres humana otra vez —le susurró mientras abría los ojos, los cuales ahora eran del color de la tierra.

—Lo soy —aseguró— y por eso ahora tengo frío. Jonás asintió con una sonrisa y se inclinó para buscar la capa que otrora ella le había dado. La envolvió con cuidado y la ayudó a levantarse.

—¿Estás bien? —me miró

—Como nunca —asentí.

Después miró de nuevo a su madre y le hizo la misma pregunta.

—Como nunca —sonrió Catlali— como nunca.

Se abrazaron durante un momento y, mientras lo hacían, la risa fuerte de Kat también los envolvió.

—Gracias —se apartó de su lado y me miró.

—Gracias a ti —me acerqué a ella y la abracé de nuevo.

—Supongo entonces que tenemos que irnos —comentó Jonás.

—Prométeme que vendrás pronto —lo mire— ambos lo harán.

—Por supuesto que sí —afirmó Jonás.

—De hecho —intervino Catlali llevando una mano hasta su cuello. No fue hasta entonces que caí en

cuenta de que todavía traía el collar con el cristal —esta piedra te permitirá abrirte paso en el mundo de los espíritus y subir a las montañas —lo retiró de su cuello y lo puso en el de su hijo— es su función principal.

Jonás la miró y sonrió antes de ir de nuevo hacia mí y darme un beso en la frente.

—Supongo entonces que vendré antes de lo previsto.

—Recuerda que tienes que ser un buen líder.

—Puede que le deje eso a tu hermano —se encogió de hombros— prefiero estudiar a los espíritus más de cerca durante un tiempo.

Reí con fuerza ante aquel comentario.

—No olvides que durante el equinoccio debes estar en *Cacere Glacies*. No importa qué, debes estar allí —me dijo Catlali con su tono de voz serio y solemne.

—Lo sé.

—Y no puedes inmiscuirte en los problemas de los mortales. No importa que tan buenos parezcan, ellos...—se corrigió— nosotros tenemos que vivir nuestras vidas. Solos y sin ayuda.

—Lo sé —la miré— recuerda explicarle todo al viejo Jonás...estoy segura de que amará escuchar esta historia.

Los tres nos abrazamos por última vez y después de eso Jonás tomó la mano de su madre y em-

prendimos, cada uno, un camino diferente. Ellos bajaron y yo subí.

La princesa que se convirtió en águila

Ahora estoy oculta detrás de unos árboles justo a los pies de la montaña. Desde aquí puedo ver como Jonás trae a los niños para contarles las leyendas sagradas de nuestra aldea.

Hace muchos años que tomó la posición del viejo Jonás y se convirtió en el chamán principal de nuestra tribu. Todos lo adoran, no solo por los buenos consejos que da para actividades como la caza y la guerra, también lo hacen porque dicen que, después de su aventura en las montañas, fue besado por la sabiduría de los grandes espíritus.

Naturalmente fue y es besado por uno de los grandes espíritus, pero dudo que eso tenga algo que ver con su sabiduría...Creo realmente que fueron los años y las experiencias las responsables de aquello.

Ahora está más viejo, pero ciertamente el cambio le favorece. Yo también estoy más vieja, solo que en mi caso nadie podría notarlo.

Hoy es un día especial. La primavera hizo del bosque un lugar precioso y los niños de la tribu adoran explorarlo junto a su chamán, el cual les está contando sobre mí.

Cambió un poco la historia. Era necesario para no tener que explicar demasiado. En su versión,

cuando llegaron a la cima de Aquilae Nidum, él y la princesa Huilén descubrieron el cuerpo congelado de Catlali. El cual recuperaron cuando la princesa, como regalo a su amado prometido, intercambió su vida con la de la dama. Los espíritus, conmovidos por el acto benévolo de la joven, le ofrecieron una nueva oportunidad de vida, solo que ahora con la forma de la gran águila blanca. Justo cuando llega a aquella parte, yo lo tomé como mi señal y me convierto en águila. Salgo volando de mi lugar y paso sobre las pequeñas cabezas que lo acompañan.

Los niños gritan impresionados y Jonás solo se limita a mirarme. Yo espero pasar sobre su cabeza y canto de una manera que él podrá entender. Para cuando termina el espectáculo continuó con mi camino y vuelo hasta mis montañas, escuchando a lo lejos las voces emocionadas de los pequeños que afirman lo maravilloso que es conocer a su princesa que, por amor, se convirtió en un águila.

Contenido

Las memorias de una tribu	5
1	9
2	13
3	17
4	21
5	25
6	29
7	35
8	41
9	45
10	47
11	51
12	55
13	59
14	63
15	67
16	75
17	79
19	87
20	93
21	97
22	101
23	105
24	113
25	115
26	123
27	131
29	141
30	147
31	149
32	153
33	161
34	167
35	179
36	183
37	187
La princesa que se convirtió en águila	191

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en Amazon el día 22 de mayo de 2021, en el Taller Editorial del poeta Luis Perozo Cervantes, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 1994 en que falleciera el escritor y lingüista Iraset Páez Urdaneta

www.sultanadellago.com